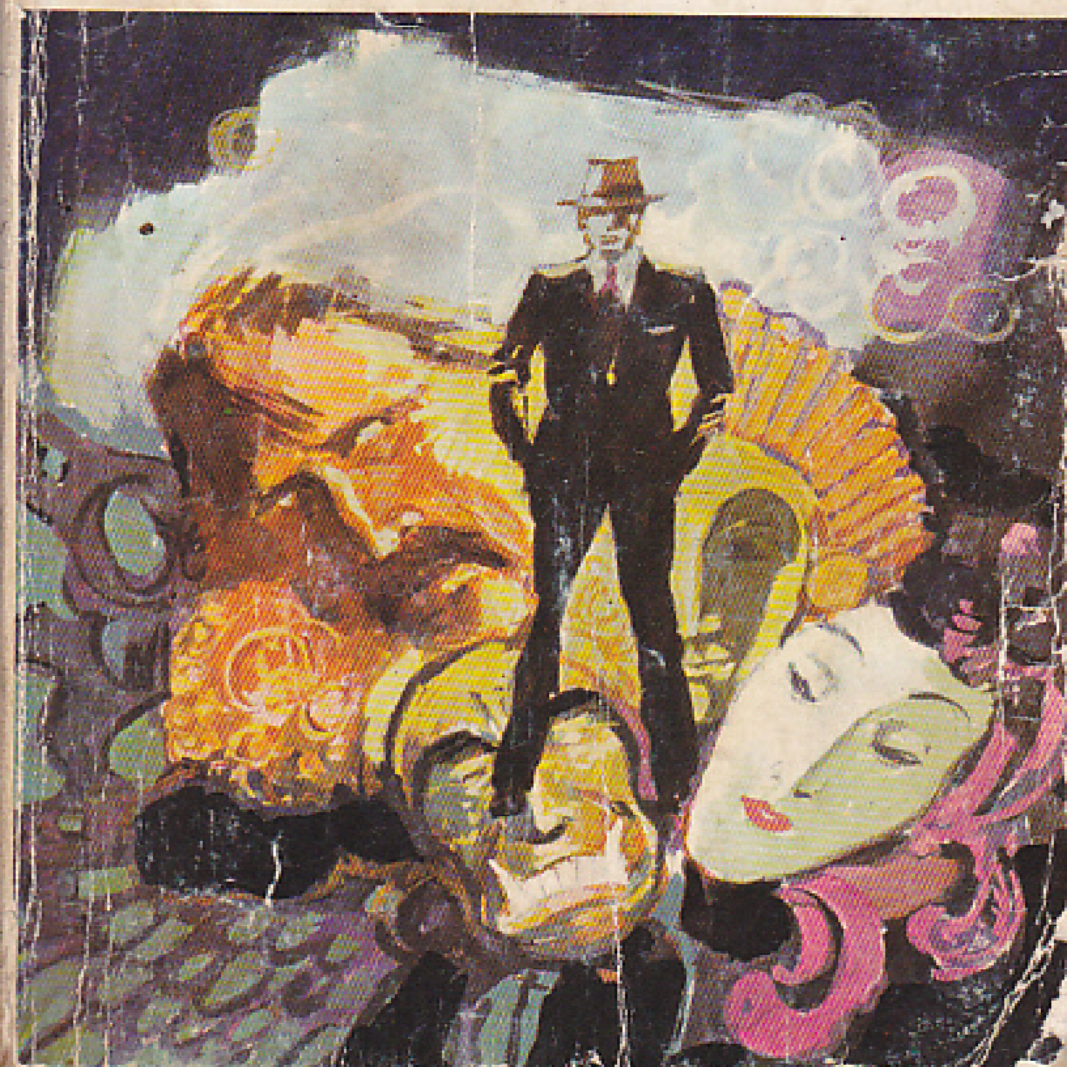
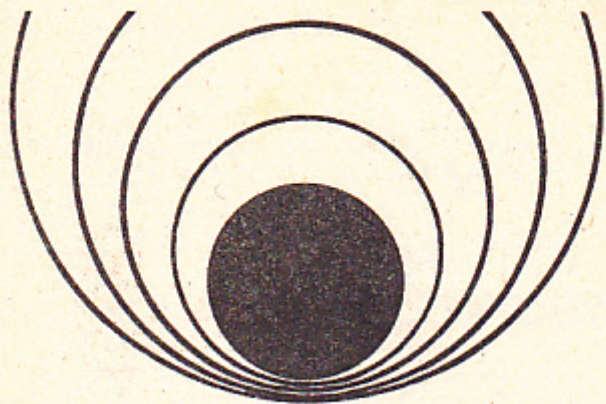


**PUNTO
ROJO**

MASCARAS EN LA NOCHE

8 **Curtis Garland**





PUNTO ROJO



MASCARAS EN LA NOCHE

CURTIS GARLAND

Colección PUNTO ROJO n.º 939

CAPITULO PRIMERO

El proyector zumbaba débilmente en la penumbra, hecha de negros, grises y un blanco deslumbrante. Su motor apenas si era un ronroneo de fondo al diálogo recortado, seco, incisivo, que a la usanza de cualquier obra de Hemingway o Dos Passos, brotaba del sistema sonoro de la pequeña pantalla ante la cual permanecían sentados, en absoluto silencio, los dos personajes, arrellanados cómodamente en sus butacas, privilegiados espectadores únicos de aquella sesión cinematográfica.

En la pantalla, acababa de pasar, como una sombra más del celuloide, devorada por la muerte y el pasado, la figura inconfundible de Bogart, con su gabardina anudada a la cintura, su sombrero flexible, su rostro alargado, áspero y tierno a la vez. Ahora yacía un hombre muerto en la escena, sin sangre ni truculencias, tras los disparos hechos por Boggie. Una lámpara caída daba cruda luz al cadáver, en un juego de sombras como sólo el cine en blanco y negro y pantalla normal podía hacer.

Y aparecía en escena la pelirroja Claire Roberts, con su boinita negra, sus medias de nilón con costura, sus zapatos de tacón alto y su blusa de satén sin descote. Lloraba de rodillas junto al cadáver, exhibiendo sus bonitas pantorrillas, pero nada más. Ni procacidad, ni exhibicionismo ni hemoglobina. Nada. Sólo la situación, la tensión ambiental, luces y sombras, rostros de actores y actrices, una mano férrea en la dirección, tras las cámaras. Y el sonido angustioso y melancólico a la vez de la música de fondo del filme.

Cambiaba la secuencia. Bogart, en la calle, disparaba sobre la policía que rodeaba la casa. En un coche, aguardaba Lizabeth Scott, la «mala» de la película, revólver en mano. Ayudaba a Bogart, cubriéndole de los disparos de la policía. La cámara enfocaba al teniente de policía, interpretado por el conocido rostro del galán Stephen Jordan. En el argumentó del filme, había sido amigo de Bogart, compañero de golfería en las calles de la gran ciudad. Luego enderezaba sus pasos y terminaba en la policía brillantemente, mientras el inevitable y «duro» Boggie se hacía delincuente, como era habitual en los guiones de Hollywood de entonces.

Ahora, el tiroteo se intensificaba. Lizabeth Scott caía muerta, sobre el volante, y un débil reguero rojo surcaba su barbilla. Lo preciso, lo imprescindible para convencer al espectador de que estaba muerta. Bogart, acorralado, intentaba disparar sobre el viejo amigo. Pero vacilaba. Y éste, en cumplimiento de su deber,

hacía fuego, al no soltar él su arma. Caía Bogart. Luces de farolas brillaban en los charcos del asfalto mojado de lluvia. Su rostro miraba por última vez al antiguo amigo, convertido ahora en su forzado verdugo. La sonrisa inimitable de Bogart se dibujaba en su boca de rictus amargo. Y se quedaba así, sin vida, mirando a la cámara, con el fondo monocorde del claxon que presionaba Lizabeth Scott con su rubia cabeza.

La cámara hacía un *travelling* hacia los grupos y coches de la policía que cercaban la manzana, al tiempo que la grúa elevaba esa cámara rápidamente. Claire Roberts salía de la casa, y caía, sollozando, en brazos de Stephen Jordan, que, pistola en mano, la acogía tiernamente. Y ambos, mirando a Bogart sin vida, se alejaban en la distancia al apartarse de ellos la cámara, y surgía, sobreimpresa, la palabra «fin», en tanto sonaba, como cierre, la melodía del *leit motiv* del filme.

Y quedaba en la pantalla un cuadro de luz blanca, ya sin imagen, cesaba la música, y permanecía tan sólo el zumbido insistente del motor del proyector, en el silencio casi religioso de la sala de proyección privada.

La mano del hombre oprimió el botón del controlador a distancia que sostenía sobre el brazo de su butaca. Se detuvo el proyector. La luz volvió a la salita de proyección. A su lado, la mujer lanzó un suspiro.

—Admirable —murmuró—. No me canso de verla, Stephen...

—Yo tampoco, Claire. No fue nuestro mejor trabajo. Pero fue el primero importante, el que nos lanzó a la fama. Luego llegó tu película junto a Bette Davis y George Brent, la mía con Alexis Smith y Errol Flinn... Ah, qué tiempos, Claire, qué tiempos...

—Ya no se hacen películas así —opinó ella, pensativa—. La pantalla grande, el color, la violencia y el sexo han destruido el buen cine.

—¿Quieres ver *Encuentro en Tánger*? —sugirió su compañero, solícito—. Ya sabes que fue tu mayor éxito de crítica. Incluso eclipsaste a tu *partenaire*, el mismísimo Boggie, en algunas escenas...

—Estuve bien, simplemente —sonrió Claire Roberts, poniéndose en pie—. Nadie podía eclipsar al viejo Boggie, compréndelo.

—Bueno, lo cierto es que estuviste genial en aquel papel, Claire.

—Gracias, Stephen. Pero ahora no tengo tiempo de verla. Otro día volveremos a reunirnos para asistir a su proyección. Por cierto, ¿guardas también alguna copia de *El hombre de Marsella*?

—¡Por supuesto! —rió Stephen Jordan entusiasmado,

brillándole los ojos, ahora tras las gafas, sin el brillo ni la arrogancia que mostraban en la película recién visionada, en su papel de joven teniente de policía—. Allí volvimos a actuar juntos, aunque esa vez en los primeros papeles, con la colaboración especial de Sidney Greestreet y de Claude Rains, lo recuerdo muy bien...

—El gordo y afable Sid... El buen Claude... y el gran Boggie —musitó ella, moviendo sombríamente su cabeza todavía pelirroja—. Dios, Stephen... Todos se fueron. Ya no son más que sombras en una pantalla, como tantos otros viejos amigos: Errol Flynn, Steve Cochran, Susan Hayward, John Garfield...

—Y George Brent hace algunos meses —suspiró Stephen, afirmando lentamente (1)—. Sí, apenas quedamos algunos, los más jóvenes por entonces... Resulta terrible pensarlo, Claire.

(1) Muerte acaecida justamente en 1979. La acción de este relato se sitúa en el momento presente. (*N. del E.*)

—Terrible —sus ojos se dirigieron a la pantalla blanca, ahora vacía y silenciosamente—. Es como vivir entre fantasmas, cuando una ve una de esas películas, Stephen.

—Nosotros no somos fantasmas, Claire.

—No, pero nos gusta vivir entre ellos.

—Eran buenos tiempos. Los mejores. Sin ese monstruo horrible de la televisión, que ha hecho cerrar la mayoría de estudios para venderlos a inmobiliarias, y reducir otros a la mínima expresión. Sin películas llenas de sangre y de mujeres desnudas. Sin la estupidez argumental de ahora. Sin todo lo grotesco y triste que tiene el cine de hoy, en su lenta agonía, arrastrándose con telefilmes baratos en los programas semanales de televisión...

—Pero pasaron, Stephen. Tenemos que aceptar eso —suspiró ella—. Tú vas a cumplir sesenta años muy pronto. Yo he cumplido ya cincuenta y cinco. Se terminó nuestra época dorada, y tenemos que aceptar a veces salir en uno de esos odiosos telefilmes, como «estrella invitada» de turno, para mostrar arrugas y nuestra decadencia, a cambio de unos dólares y de ver de nuevo nuestro nombre en la pantalla, aunque ésta sea pequeña y en cada hogar. Hay que admitir la realidad, con toda su crudeza, Stephen.

—Por eso me refugio muchas veces aquí. Mi filmoteca me ayuda a revivir, a creer que he vuelto al pasado, que el presente no existe y es sólo una pesadilla de la que me despierto y me libero mientras dura la proyección.

—Con la diferencia de que las películas tienen todas un final, y la vida sólo lo tiene cuando ya no puedes despertar a nada. Es como vivir un sueño durante hora y media o dos horas. Luego

vuelves a la realidad. Y es peor.

—¿Piensas realmente así, Claire? —se sintió dolido Stephen.

—Todos debemos pensarlo, porque así es —afirmó ella, rotunda, mirándole con una media sonrisa—. Tengo espejo, Stephen. Y me veo cada día en él. Ya no soy esa jovencita que sale de la casa para arrojarle en tus brazos, mientras Boggie agoniza en el asfalto de la calle. Ni tú el galán guapo y heroico que siempre llevaba la mejor parte.

Se miraron en silencio. El rostro de él, surcado de arrugas, con un tono opaco en sus pupilas grises, tras las gafas, los cabellos antes rubios, ahora plateados por las canas, la figura todavía alta y arrogante, pero algo encorvada y con un abdomen más pronunciado, revelaban los estragos del tiempo. Aún bien cuidado, Stephen Jordan, el galán irresistible de los cuarenta, era un sexagenario saludable. Pero sexagenario, al fin y al cabo.

Claire Roberts también acusaba el paso de los años, aunque se cuidara y pareciese más joven de lo que realmente era. El rojo caoba de su pelo era resultado de los tintes, para cubrir canas abundantes. El rostro bonito, agraciado, de grandes ojos azules, mostraba huellas bajo la capa de maquillaje pálido. Huellas de surcos que puso el tiempo en su delicada epidermis. Había sombras en sus ojos, y ligeras bolsas bajo los mismos. Había engordado algunos kilos, y ciertos pliegues en su garganta eran la más clara señal de la erosión del tiempo. Cincuenta y cuatro años, incluso en Hollywood, eran ya una edad difícil de ocultar a ojos de todos.

—¿Has visto últimamente a Yvonne? —preguntó de pronto Jordan, tal vez por cambiar de tema, simplemente.

—¿Yvonne? No, no. Ella lo soporta peor. No sale apenas de su casa. Ni acepta contratos para la pequeña pantalla. Sé que rechazó un papel de «estrella invitada» en la serie *Kojak*, y otro para un relato seriado sobre una novela de Harold Robbins que está rodando la Universal. Ya sabes cómo es ella...

—Sí, ya sé —Jordan suspiró, entornando los ojos con aire nostálgico, evocador—. Yvonne de Wilde... Me enamoré de ella durante el rodaje de *La pasajera hacia Hong Kong*. Tuvo gracia. Había trabajado contigo infinidad de veces, sin que hubiera idilio nunca entre nosotros, pese a lo que se inventaban los periodistas y los gacetilleros de las productoras. Y la primera vez que trabajé junto a Yvonne, me vuelvo loco por ella, sin que nadie se enterase. Y todo porque el protagonista de la película era George Brent, y se inventaron el idilio con él. Pobre George... Me acuerdo que fue el primero en advertir lo que yo sentía por ella. Después no volví a coincidir con ella hasta aquella película con Gary

Cooper y nuestro actual político por California, Ronald Reagan (1).

(1) El actual candidato a la presidencia de Estados Unidos por el Partido Republicano, Ronald Reagan, gobernador de California, fue en los años cuarenta y parte de los cincuenta un conocido actor cinematográfico de los calificados «secundarios», pero con importantes papeles, casi siempre de «malo», en algunos filmes. (N. del A.)

—Y estuvisteis a punto de casaros —sonrió Claire.

—Exacto. Estuvimos a punto de casarnos. Ella se fijó también en mí, salimos un tiempo... y luego, el rodaje de *Mares de Oriente* nos separó. Ella se fue a rodar a China y Japón, yo me quedé en Hollywood, contratado para hacer *Remolinos*, con Jack Carson y Janis Paige, y ya no volvimos a coincidir. Supe que se había casado finalmente con un productor, y me olvidé de ella.

—Ahora es una viuda rica y solitaria, que evoca también el pasado y se niega a vivir el presente. Como lo que nos sucede a nosotros, poco más o menos. Sólo que ella ni siquiera parece tener ánimos para adaptarse a la dura realidad y aceptarla tal como es.

—Pobre Yvonne... Me gustaría verla un día, hablar con ella... Recordar viejos tiempos siempre sería agradable para ambos. Incluso podría ver su antiguo gran éxito, que también tengo en mi filмотeca particular. Me refiero, claro está, a *La gran pasión*.

—Seguro que ella no conserva ninguna copia de sus filmes —suspiró Claire, caminando hacia la salida—. Nunca fue tan metódica como tú, Stephen. Yo misma, sólo he logrado reunir unos videocassettes con resúmenes filmados de algunas de mis películas, y rara vez me acuerdo de ponerlos, tal vez porque la pequeña pantalla me causa alergia. Bien, has sido muy amable invitándome hay a cenar y ver esa película. Gracias por todo, Stephen.

—No digas eso, Claire. Tu compañía me hace mucho bien —sonrió él, estrechando su mano—. Vuelve cuando quieras. No quiero vivir sólo de fantasmas, después de todo.

—Entonces escúchame; dentro de diez días, exhiben una sesión conmemorativa en el Teatro Chino. Películas de Boggie, de Ingrid Bergman y de Errol Flynn. Podríamos adquirir dos localidades, verlas juntos y cenar en alguna parte después. ¿Qué te parece la idea?

—Espléndida, querida Claire —asintió él, entusiasmado—. Será un gran día, estoy seguro. Y podré ver a nuestras queridas y viejas sombras en un lugar que no sea mi salita de proyección o los programas retrospectivos de la televisión...

Trato hecho. Yo me ocuparé de las entradas. Te llamaré en cuanto

las tenga.

—Perfecto, Stephen. Hasta pronto.

Salió de la casa. Poco después, su automóvil se alejaba por Sunset Boulevard, donde Stephen Jordan conservaba su casa, habiendo hecho oídos sordos a los mercaderes que pretendían adquirirla para edificar allí un monstruoso edificio, posiblemente, que borrara toda huella de la mansión señorial, rodeada de jardines, con piscinas y cancha de tenis. Había cosas que Jordan quería conservar hasta el fin de sus días. Y una de ellas era esa casa, que perteneció antes a una «estrella» del cine mudo, y que él adquirió en 1946, con su primer gran sueldo, en *¿Inocente o culpable?* Aquello, al menos, no conocería la misma suerte de los viejo y grandes estudios de la Metro, la Fox, la Warner o la RKO Radio, entre otras. No llegarían las excavadoras para alisar el terreno y levantar allí un bloque de apartamentos. No, mientras él viviera.

Regresó al interior de la casa, amplia y solitaria, iluminada como un decorado para un filme de Mankiewicz o de Siodmak. Un nuevo aliciente le animaba ahora: volver a reunirse con Claire, ver aquellos viejos y entrañables filmes en el Teatro Chino, y cenar luego en cualquier típico rincón de Hollywood, como en otros tiempos.

Stephen Jordan no podía saber que, entre este momento y ese que ansiaba vivir en breve, iban a cambiar sus vidas y su destino.

Un trágico azar, inmediato y terrible, convertiría en horror y en caos lo que hasta hoy había sido solamente melancolía, evocación y añoranza.

Pero eso, Stephen Jordan no podía sospecharlo ni remotamente.

CAPITULO II

Claire Roberts cerró la puerta de su vivienda. Se quedó mirando en torno, pensativa, acaso comparando su forma de vida con la de su viejo compañero de trabajo, Stephen Jordan.

Ella no tenía una lujosa mansión. Ni salita de proyección privada, ni una filmoteca rica en títulos de otros tiempos, casi todos ellos formando parte de la propia historia del cine y, muy especialmente, de toda una época y de un género: el «cine negro» de los cuarenta y los cincuenta, con rostros imborrables que ahora eran simple recuerdo nostálgico, o sombras de celuloide sin vida.

Claire poseía una casita no muy amplia, moderna y bien cuidada, en la zona residencial de Bel Air. No era partidaria de las grandes dimensiones como la de Jordan, en primer lugar porque no hubiera tenido hoy día para mantenerla, y porque viviendo sola, como vivía, tras dos matrimonios fallidos y sus correspondientes divorcios, era mucho mejor hacerlo en aquella casa sin esplendor, sin grandes dimensiones ni lujos suntuosos, sin quererse aferrar a un pasado que ya no existía. El espejo del gabinete le devolvió su imagen, ajada por el tiempo, y lanzó un suspiro, moviendo la cabeza, al recordar las imágenes proyectadas recientemente en la pantalla de la vivienda de Jordan.

—¡Qué diferencia! —murmuró con amarga ironía, sonriéndose a sí misma en el espejo—. Aquélla era otra mujer, sin duda. Alguien que ya no existe. Un rostro en el recuerdo de unos pocos, y nada más. Esto es el presente, la realidad, me guste o no. Y hay que aceptarla. No se puede vivir el pasado otra vez. Los que alguna vez lo intentaron, fracasaron rotundamente...

Se quitó su boinita y su gabardina, casi calcadas del viejo y estilo de Hollywood para las ingenuas de películas «negras». Eran los caprichos de la moda. Habían vuelto a lucir modelos semejantes a los de entonces: trajes sastre, rasgos y satén, medias con costura, zapatos con correílla, sombreros y boinas, e incluso velos sobre el rostro. Lo mismo de antes, como un retorno al pasado. A las jovencitas les hacía gracia. A ella, no. Le recordaba demasiadas cosas que ya no existían, y que nunca volverían: la juventud, el éxito, su nombre en los luminosos de los cinematógrafos y en los afiches de las grandes películas del momento... El dinero era lo de menos. Había ahorrado lo suficiente para vivir sin estrecheces, aunque también sin el lujo de Jordan, que invirtió por entonces su dinero en negocios productivos. La fama, la popularidad, la gloria efímera del estrellato era lo que ya no podía saborear de nuevo. Lo que a ella,

como a Jordan y tantos otros, les estaba vedado ya.

Sonó el teléfono. Fue a descolgarlo, sorprendida. Habitualmente, nunca recibía llamadas en domingo. Y menos tan tarde.

—Claire Roberts —dijo al teléfono—. ¿Quién llama?

La voz distante respondió:

—Soy yo, Ivonne.

—Ivonne, qué sorpresa... ¿Cómo se te ha ocurrido llamarme?

—Lo he hecho ya tres o cuatro veces, pero nadie respondió.

—Estaba fuera de casa. Visitando a Stephen Jordan.

—Oh, el buen amigo Jordan... ¿Está bien?

—Cómo siempre. Visionando de nuevo nuestros viejos filmes...

—Sí, él siempre igual... Te preguntarás por qué te llamo, ¿no es cierto?

—La verdad, sí. No eres muy dada a comunicarte con los amigos, Ivonne. Precisamente hoy, nos preguntábamos Jordan y yo qué sería de ti en estos últimos meses...

—He estado bastante ocupada con unos asuntos —la voz de Ivonne le sonó singularmente jovial, alegre y optimista, cosa bastante rara en ella—. Liquidé unos negocios y tuve que ausentarme de Hollywood unos días. Quería hablar contigo, Claire. Siempre fuimos buenas amigas, aunque últimamente no nos tratáramos demasiado, ¿no es cierto?

—Muy cierto, sí. ¿Quieres decirme algo concreto?

—Sí, pero sería necesario que nos viéramos. Es algo que no puedo contarte por teléfono... entre otras razones porque no me creerías en absoluto.

—Muy bien. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

—Lo antes posible. Te aseguro que vale la pena. ¿Dónde podríamos reunirnos?

—Elige tú. Si quieres venir a mi casa...

—No, no. No quiero ir por ahí. Tienes bastantes vecinos que fueron compañeros de trabajo en los buenos tiempos, ¿no es así?

—Pues, sí, la verdad. Pero no veo por qué no tienes que venir...

—Ya sabes que no soy muy sociable últimamente. Preferiría no ver a nadie, salvo a ti, Claire. ¿Qué tal si vienes por casa?

—Me parece muy bien. ¿Cuándo?

—Pues... no sé. Cuanto antes, ya te dije. Si pudieras hoy mismo...

—¿Hoy? —se sorprendió Claire. Miró su reloj—. Es tarde, Ivonne. Casi las ocho... Pensaba tomar algo ligero y acostarme. La comida de Jordan ha sido muy abundante y sofisticada. Ya sabes, como él acostumbra...

—Sí, entiendo. Pero podrías venir y cenaríamos juntas las dos.

Luego yo misma te llevaría hasta tu casa, si prefieres. Puedo enviarte ahora un taxi, para que no tengas que molestarte en ir y venir en tu coche. ¿Te parece bien la idea? Mientras tanto, prepararé algo para cenar. Ligero, como tú desees. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Ivonne —suspiró Claire, sorprendida por el tono insistente de su vieja amiga, así como por la repentina locuacidad y sociabilidad de la ex actriz, realmente algo desusado en ella en estos últimos tiempos.

—Te envío el taxi en un momento. Ya sabes mis señas, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Hasta pronto, Ivonne.

—Hasta pronto, querida. Y estáte preparada.

—Preparada ¿para qué? —se intrigó Claire.

—Oh, lo sabrás pronto...—rió suavemente la voz repentinamente jovial de la actriz casi olvidada—. En cuanto vengas a casa, querida...

Colgó, riendo todavía, como si algo le resultara sumamente divertido. Claire frunció el ceño, preguntándose si Ivonne de Wilde estaría menos equilibrada de lo que había imaginado, y empezando casi a lamentar haber aceptado la invitación de su amiga. Pero eso ya no tenía remedio.

Se arregló con rapidez. Cosa de diez minutos más tarde, el claxon de un taxi sonaba insistente ante la casa, anunciándole su llegada. Asomó a una ventana, respondiendo al taxista, y tomó un abrigo ligero y un sombrero, partiendo con rapidez en el coche de alquiler hacia Beverly Hills, donde residía Ivonne de Wilde.

Cuando llegó allí, un billete de cinco dólares aparecía bien visible, clavado con una chincheta sobre la valla que alumbraron los faros del taxi, y una nota con trazos gruesos, en rotulador rojo, indicaba: «Para la carrera del taxi.»

El taxista, perplejo, tomó el billete, y miró a su viajera.

—Sobra medio dólar —indicó.

—Es igual —sonrió Claire, tan desconcertada como él—. Para la propina, supongo.

—Gracias, señorita —el taxista miró hacia la casa, a oscuras salvo una ventana encendida en la planta baja, y se encogió de hombros—. Nunca me han pagado de modo tan extraño y misterioso, la verdad. ¿Está enferma la señora que me llamó para que la recogiese a usted?

—Que yo sepa, no —respondió Claire, bastante insegura.

—Ya —el taxista se rascó la cabeza, volviendo a su asiento y poniendo el taxi en marcha—. Bien, buenas noches, señorita.

—Buenas noches.

El taxi se alejó por la alameda arbolada, hacia el centro urbano. Claire vaciló, ante la valla de madera pintada de verde manzana. Sobre el buzón se leía el nombre de la propietaria: I. DE WILDE.

Actuaba extrañamente Ivonne, se dijo caminando hacia la casa. Muy extrañamente. Tal vez eran excentricidades suyas. Se la veía tan poco en público desde que envejeció y pasó al olvido...

Al llegar ante la puerta, adelantó su mano para oprimir el timbre con un dedo. No fue preciso. Había una rendija de luz en la puerta. Sólo estaba entornada. Cedió a su presión, justo cuando la voz de Ivonne invitaba desde dentro:

—Adelante, Claire, querida. Puedes entrar. Y cierra luego, por favor. Te estaba esperando. Oí llegar el taxi...

Seguía siendo todo muy misterioso, pensó Claire, entrando en la casa, y sintiendo una cierta inexplicable inquietud cuando pisó el pequeño vestíbulo y cerró tras de sí. Al fondo, las luces tamizadas de un *living* hacían destacar los tonos de la decoración, así como numerosas fotografías enmarcadas, con escenas de viejos filmes de la dueña de la casa, en compañía de famosos como Errol Flynn, Dana Andrews, Cary Grant o John Garfield.

—Aquí estoy, Claire —sonó de nuevo la voz de Ivonne, desde el *living*—. Ven, por favor. Todo está preparado ya para la cena, amiga mía.

Avanzó hasta la salita, donde las luces procedían de lámparas arrinconadas, veladas por pantallas de tonos ocres. Todo allí era moderno, pero recordaba, sin querer, decorados de películas policíacas de otros tiempos, sin conocer Claire la razón exacta de ello. Tal vez era la posición de las propias lámparas.

Ivonne estaba de espaldas a ella, fumando un cigarrillo, con la mirada perdida en la oscuridad del exterior, en un jardín trasero, asomado a otra vivienda cercana, en la que brillaban las luces de algunas ventanas.

Había que admitir, pensó Claire, que Ivonne conservaba notablemente la juventud en su figura. No eran las curvas de una mujer madura, ya entrando en la vejez, sino las de una mujer todavía joven y en su plenitud. Caderas anchas, redondas y firmes, un trasero bien dibujado contra su vestido, color malva, una figura esbelta y arrogante a la vez, con el sedoso cabello color oscuro cayendo en cascada sobre sus hombros. Vista así, de espaldas, cualquiera la hubiera podido imaginar una mujer en su juventud, vital y llena de encantos. Sólo los que la conocían bien sabían de las arrugas y surcos que la edad había ido dejando en la que fuese un día hermosísima *vamp* del cine, de los cuarenta.

Una mesita estaba servida, junto a una lámpara encendida. Dos servicios para comer, y una bandeja tapada, así como una botella de vino descorchada, y dos copas mediadas del líquido color rubí.

—Bien, querida amiga —siguió Ivonne ante el silencio de la recién llegada—. Ya ves que no falta detalle. Espero que pasemos

un buen rato de charla las dos, como en otros tiempos... Necesitaba hablar con alguien, ver a alguien. Lo he pensado mucho, antes de tomar una decisión.

—¿Y me has elegido a mí?

—Sí —fumó en silencio, exhaló el humo lentamente, y se volvió, muy despacio, para añadir luego con voz grave, profunda, extrañamente timbrada—: Te he elegido a ti, Claire. ¿Qué piensas de ello?

Estaba mirándola fijamente. Claire dio un paso atrás. Su rostro se demudó, una incredulidad total asomó a sus ojos, repentinamente dilatados.

Y de su boca escapó una exclamación de inmenso estupor, de asombro infinito:

—¡Ivonne...! Oh, no... *No es posible...*

* * *

Scott Cannon suspiró, arrancando la página de la máquina de escribir. La pasó al redactor jefe, y comentó con voz cansada:

—Ya está. Espero que le guste esta vez al señor Kellog...

El redactor jefe del *Screen Star* pasó la mirada por el escrito, distraídamente, y afirmó, extrayendo una bocanada de humo a su vieja pipa.

—Sí, Scott —admitió—. Así está bien, seguro. Ni siquiera Archie Kellog podrá encontrarle pegas a tu artículo.

—Pero eso que he escrito es basura.

—Basura es lo que le gusta al patrón —rió su jefe de redacción agriamente, dando el visto bueno con un rotulador a su artículo—. Es lo que vende la publicación, después de todo. Lo que da dinero, muchacho.

—A veces siento náuseas de escribir lo que escribo.

—Pero es lo que te da dinero, ¿no es cierto? De modo que, o haces eso, o vas a buscar el pan a otro periódico. Y la situación laboral no está como para quedarse en la calle sin trabajo, Scott, tú lo sabes. Además, Kellog paga bien, ¿no es cierto?

—Preferiría ganarme el sueldo con más dignidad, aunque cobrase menos.

—Eres un romántico de la profesión, muchacho —suspiró su jefe, moviendo la cabeza de un lado a otro, con aire abatido—. Te aconsejo que no cometas el error de largarte de aquí, sólo porque nuestro semanario te parezca una bazofia. Yo hubiera dado años de vida por tener, a tu edad, un puesto en cualquier publicación

de entonces, aunque hubiera sido un vertedero como el *Star*.

—Eran otros tiempos. Creo que entonces gustaba mucho hundir en el fango a las personas decentes, o ensañarse con las que tenían algo que esconder. Así se hicieron famosas personas como Louella Parsons y otras parecidas, ¿no es verdad?

—Bueno, las había peores que esas chismosas del cine, Scott. La prensa «amarilla» era entonces muy dura. Y muy sucia.

—Nosotros no somos precisamente «limpios». Ni siquiera en lo moral. Hay quien asegura que nuestro semanario «amarillo» es el más «azul» que existe en América (1).

- (1) Juego de palabras que en español no tiene sentido. Alude a la prensa «amarilla» o de sucesos, que también se califica así en nuestro idioma, pero añade el término «azul», que en inglés equivale a nuestro «verde», en sentido erótico o pornográfico. Lo que se califica en inglés de «azul», significa subido de tono en alto grado, como las películas «S» o «X» de las carteleras anglosajonas. (N. del A.)

—Posiblemente tengan razón —rió su jefe, encendiendo de nuevo los apagados rescoldos de su pipa—. Metemos suficiente pornografía y calumnias como para ello. Pero rara vez nos demandan por ello, y cuando alguien lo hace, cae sobre él la ira de Kellog, le saca a relucir todos los trapos sucios de su vida, y lo despedaza ante la opinión pública lo suficiente como para que el otro pierda su querella o la retire antes de verse hundido para siempre. Sin embargo, somos el semanario de mayor tirada de toda la costa del Pacífico, y de gran parte del resto del país. Por algo será, ¿no crees?

—A la gente le gusta hundir sus manos en la basura y removerla, aunque huela mal.

—Quizá sea eso. O quizá el resentimiento de tanto enano frente al brillo de los famosos. La envidia, entonces, encuentra su desahogo en ver cómo las páginas de una publicación despedazan al famoso y le hacen trizas. Los demás gozan con eso, sintiéndose mejor. Así es el mundo, Scott. Y tú y yo vivimos de ello, después de todo.

—Eso es lo que, a veces, me hace sentirme enfermo. —Miró su reloj—. Bueno, ya es tarde... Demasiado, para seguir aquí de charla. Me voy a casa. Estoy harto de trabajar, por culpa de ese dichoso artículo. Buenas noches, Randy.

—Buenas noches, Scott —sonrió el redactor jefe al despedirle—. Y felices sueños...

—Mientras no tenga pesadillas con el *Star*... —gruñó Scott Cannon, abandonando la redacción con su chaqueta colgada de un hombro y sus habituales andares largos y desmadejados, tan peculiares en él cuando se sentía hastiado por algo, cosa que le ocurría con mucha frecuencia desde que trabajaba en la redacción del *Star*.

Salió a la calle. Ya era plena madrugada, y estaba lloviznando ligeramente. Las luces nocturnas se reflejaban en el asfalto como si éste fuese de charol. La circulación era virtualmente nula a aquellas horas.

La redacción del semanario más escandaloso de Hollywood quedó atrás, y Scott caminó despacio hacia el cercano parking, para respirar un poco el quieto y húmedo aire de la noche.

Al menos allí, no tragaba el viciado clima de la redacción. No el que se debía exclusivamente al tabaco, el ámbito cerrado y la tarea cotidiana, sino aquel otro que producía casi físicamente la condición escandalosa y repulsiva de su periódico, la obra de Archie Kellog, un hombre capaz de corromper lo más limpio, con sólo poner sus manos encima.

Pero su jefe inmediato tenía razón. No era cosa fácil hallar un buen trabajo en las redacciones de Los Angeles. Corrían malos tiempos laborales, especialmente en la prensa. La competencia de la radio y la televisión hacía mucho daño a las publicaciones impresas, eso lo sabían todos. Kellog conocía tal situación, y sabía elegir un público adicto y numeroso, a base de rellenar las páginas del semanario con mujeres desnudas, noticias procaces y comentarios corrosivos sobre la gente famosa del cine, la televisión y los discos. Eso le daba cifras de venta muy respetables. Para él y para su publicación, podía decirse que no existía la crisis.

Scott, sin embargo, empezaba a sentirse harto de todo aquello. Empezaba a considerarse a sí mismo como un ser despreciable y ruin, capaz de obtener su salario a cambio de hundir prestigios, aplastar respetabilidades y hacer añicos a seres que no le habían causado mal alguno, entrando a saco en su vida, en su moral, en su dignidad humana más necesitada de respeto y de consideración.

De repente, le llegó la voz, gritando su nombre:

—¡Eh, Scott! ¡Scott!, pronto! ¡Ven aquí!

Se volvió, malhumorado. Randy era quien le requería a voces, en mangas de camisa, asomado a la ventana de la sala de redacción. Scott se encogió de hombros, mirando dubitativo a su jefe. Este insistió, agitando los brazos:

—¡Vamos, Scott! ¿Es que no me oyes? ¡Vuelve en seguida! ¡Hay noticias frescas que pueden entrar en la edición de esta semana, si te das la suficiente prisa, por todos los diablos! ¡Sería estupendo que saliera en la edición de mañana, en la página de cierre de edición!

—Maldita sea... —refunfuñó Scott, contrariado, torciendo el gesto. Y añadió, en tono lo bastante alto para que le oyera Randy

—: ¿Tan importante es? ¿No se puede dejar para un reportaje más amplio y detallado en la próxima semana?

—No, no, por todos los diablos. Vuelve, Scott, o me ocuparé yo de la redacción de las noticias, y Kellog te echará una buena bronca, por no firmar tú la columna de cierre. Además, puedes echarle literatura a la cosa, que no le irá mal, ni mucho menos.

—Está bien, Randy. Vamos allá... —y el joven Cannon echó a andar hacia el edificio del *Screen Star*.

Cuando estuvo de regreso en la redacción, en medio del olor agobiante a tinta, a papel, a tabaco, a cerveza y a ambiente cerrado, se dejó caer ante su vieja máquina de escribir, con aire abatido, preguntando a Randy con voz sorda:

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Dónde están esas noticias? ¿Es que hay un terremoto en Hollywood, o ha vuelto a abrir la Metro sus estudios?

Randy le miró con sarcasmo, y su respuesta fue ácida, señalando a la mesa revuelta, llena de papeles, de Scott Cannon:

—Ahí las tienes. Son dos mensajes telefónicos de nuestros corresponsales. No han llegado aún por el telex. Podemos ganarles la delantera incluso a los diarios de mañana. Si haces algo realmente bueno, haré imprimir sobre la portada un rótulo cruzado, en tinta negra, con los titulares. Tú mismo, muchacho. Podría ser tu gran ocasión.

Scott, nada convencido, echó una mirada a la primera noticia. Dos papeles arrugados, escritos apresuradamente, reposaban en su mesa. Los examinó por orden riguroso de llegada.

Frunció el ceño. La primera noticia era sorprendente:

Jenny Saxon regresa de un centro geriátrico desconocido. A sus cincuenta y ocho años... ¡representa solamente veinticinco, sin maquillaje! La he visto personalmente, y doy fe de ello. Es asombroso. Y afirma la ex estrella que otras personalidades de Hollywood pueden estar en su mismo caso. Pero no cita nombres.

Firmaba la nota Alain Kimball, un colaborador del *Star* dedicado a facilitar información de última hora. Scott meneó la cabeza.

—Estaría borracho cuando la vio —dijo entre dientes—. O ella le invitó a algo... He visto a Jenny Saxon hace un mes, en una fiesta. Se le caen los pellejos, y sus famosos senos, que fue la primera en exhibir en una película hace treinta años, pese a las rígidas normas de censura de entonces, son dos auténticos flanes blandos. No entiendo cómo puede decir Kimball semejante tontería.

—Cuando telefoneó, estaba excitado, aturdido —explicó Randy, chupando su pipa incansablemente, mientras se encogía de hombros—. Juró y perjuró que era verdad. Y que tenía una fotografía para demostrarlo... Una de esas *polaroid* instantáneas, ya sabes.

—Preferiría escribir la noticia con esa foto delante de mí.

—Le dije que viniera para hacer un clisé de ella para la edición de mañana. Confórmate con redactar la noticia tal como la sabemos, y haz los comentarios que quieras al respecto.

—Si supiéramos que esta estupidez podía tener el menor viso de realidad, podríamos desempolvar una vieja foto de Jenny Saxon en su película *La intrusa*, pero todos se darían cuenta del engaño.

—Qué demonios... —refunfuñó Randy—. La noticia no es recordarle a la gente cómo era Jenny Saxon hace treinta años, sino cómo es ahora, si esa noticia es auténtica.

—Pero... ¿lo es?

—Infiernos, sé tanto como tú. Pero Kimball no bebe apenas. Y es bastante frío en sus apreciaciones personales.

—Nadie rejuvenece de golpe treinta y cinco años o más, Randy; no me venga con cuentos.

—Está bien, escribe lo que quieras, pero escríbelo. Y, sobre todo, mira la otra noticia. Puede ser más interesante que ésta. Y fácil de comprobar.

Scott Cannon tomó el segundo papel escrito. El texto era igualmente breve y preciso.

Asesinato cometido esta misma madrugada. La policía ha hallado el cadáver del ex productor y director de cine Selwyn Evans. Su cadáver estaba horriblemente destrozado y mutilado, como si un animal feroz le hubiese atacado. Pero la mano crispada del cadáver arrancó un trozo de traje masculino color gris, rayado, con un botón también gris. Eso, y las huellas de unas ruedas de coche en la tierra blanda por la lluvia, junto al cadáver, en el parque donde fue hallado, hacen suponer que se trata de un asesinato. La policía investiga el asunto.

—Selwyn Evans... —repitió Scott pensativo—. Esto sí es toda una noticia... El hombre que destruyó la carrera de Monna Mason, conduciéndola al suicidio.

—Estás hablando de algo que sucedió hace veinte años —rió el redactor jefe con expresión burlona—. Puedes mencionarlo a título anecdótico, pero no creo que le interese demasiado a nadie lo que ocurrió entonces con la pobre Monna. Lleva demasiados

años enterrada y olvidada, para que nadie piense en ello.

—De todos modos, lo mencionaré. Hubo alguien que quiso vengarla, ¿no es cierto?

—Sí. Por entonces, un hombre estaba locamente enamorado de Monna Mason: su amante, Raymond Kerr, un actor que iniciaba su decadencia en plena juventud. Evans era fuerte y tenía guardaespaldas decididos a todo en aquellos momentos. Kerr no sólo fracasó en su intento de vengar la muerte de Monna, sino que salió mal librado del empeño, con un brazo roto y el rostro desfigurado a golpes. Nunca más pudo intentar nada contra Evans. Y ahora difícilmente podría intentarlo. Debe tener, si vive, casi setenta años...

—Es una historia sórdida, pero digna de nuestro semanario —rezongó Scott, sentándose decidido a la máquina. Mañana, Kellog va a tener una página de cierre realmente sabrosa...

Y comenzó a teclear con rapidez, escribiendo dos crónicas diferentes. Una, relativa a la muerte violenta de Selwyn Evans. La otra, dando aquella absurda noticia de una antigua actriz sorprendentemente rejuvenecida, como si los métodos geriátricos de la rumana doctora Asland hubieran llegado a la cima de su posible éxito...

Sin saberlo, Scott Cannon estaba redactando en esos momentos algo que no tardando, mucho podía ser su propio epitafio.

Archie Kellog pegó un salto en su asiento, cuando el primer ejemplar del *Screen Star* de aquella semana cayó en sus manos, apenas terminado el desayuno. Contempló, absorto, la portada del semanario, con las fotografías de la misma medio cubiertas por un rótulo superpuesto en caracteres negros, gruesos y destacados:

¡EDICION ESPECIAL DE CIERRE!

UNA ACTRIZ SEXY REJUVENECE MAGICAMENTE.

UN FAMOSO EX PRODUCTOR Y DIRECTOR MURIO ASESINADO
ANOCHÉ.

Buscó la página de cierre. En ella, bajo dos fotografías de archivo de Jenny Saxon, la *glamourosa* figura de los cuarenta, y de Selwyn Evans, famoso productor y realizador retirado ya del cine activo, aparecían las columnas firmadas de madrugada por Scott Cannon.

Los titulares de ambas eran sorprendentes y espectaculares también.

¿ES CIERTO QUE JENNY SAXON, REINA DEL *GLAMOUR* EN 1945, HA VUELTO A LA JUVENTUD TRAS UN MISTERIOSO TRATAMIENTO GERIATRICO?

El otro titular acusaba:

EL ANTIGUO PRODUCTOR Y DIRECTOR QUE CONDUJO A LA MUERTE POR SUICIDIO A MONNA MASON, LA ACTRIZ MAS PROMETEDORA DEL MOMENTO, APARECE HORRIBLEMENTE DESTROZADO EN UN PARQUE DE HOLLYWOOD, VICTIMA DE UN MISTERIOSO ASESINO.

Leyó con rapidez ambas noticias. Corrió al teléfono y marcó el número de la redacción. Se puso una voz femenina, asegurándole que no había nadie de servicio en esos momentos, y que el redactor jefe, que en vano intentó ponerse en contacto con él la noche anterior, había dejado recado de que le informasen, si llamaba, de la veracidad comprobada de ambas informaciones de última hora.

Con una maldición, Kellog llamó a la policía. Poco después, hablaba con el capitán Garrett, de Homicidios.

—¿Kellog, del *Star*? —la voz del oficial de policía no era precisamente amistosa—. Claro que le conozco. Acabo de leer su periódico. ¿Quién diablos le dio la información?

—¿Sobre el crimen? ¿Es que no es cierta?

—Claro que lo es. Pero no hemos dado dato a la prensa todavía. ¿Cómo pudieron enterarse ustedes?

—Tengo buenas fuentes de información, capitán —rió Kellog con ironía.

—Su reportero, además, ha levantado la liebre, sin duda, con su forma de tratar la noticia. Hemos ido a buscar a Raymond Kerr, el viejo actor, que una vez fue enemigo de Evans por culpa del suicidio de Monna Mason. No hemos dado con él. Parece ser que ha desaparecido de Hollywood, sin que nadie sepa adónde fue. Su redactor menciona la enemistad antigua de ambos hombres, con muy poca oportunidad. ¿Quién diablos es ese maldito Scott Cannon que firma la crónica?

—Un empleado mío a quien no sé si echar a la calle o aumentarle el sueldo —rió Kellog, divertido—. ¿Puede contarme cómo ocurrieron realmente las cosas, capitán?

—Daremos una nota oficial esta tarde. De momento, sólo puedo decirle que la muerte de Evans parece obra de un loco. Se pensó inicialmente en el ataque de un animal salvaje, pero se da la curiosa circunstancia de que, una vez examinado el cadáver con mayor atención, pese a que aún no se le practicó la autopsia, los desgarros y mutilaciones parecen causadas evidentemente por un arma empuñada por un ser humano, y en absoluto por zarpas,

garras o colmillos de animal alguno.

—¿Algún sospechoso?

—Por el momento, no. Sólo Raymond Kerr.

—Pero es un anciano...

—Aun así, es el único que tenemos. El odio, a veces, da una fortaleza insospechada, señor Kellog. No puedo informarle de más.

—Bien, gracias, capitán —meditó Kellog profundamente, tras colgar el teléfono, y terminó por hacer otra llamada, esta vez al domicilio particular de su jefe de redacción, Randolph Murray.

Esta vez, logró comunicar con él. Randy le informó de lo relativo a la noche anterior, y sus infructuosos esfuerzos por dar con él telefónicamente a esas horas, antes de lanzar a las rotativas el ejemplar semanal del *Star*.

—Estuve hasta tarde en una fiesta —Kellog se tocó la frente, todavía embotada su cabeza por el alcohol ingerido la noche antes—. Acabo de enterarme de las noticias. Y he hablado con la policía. Hemos logrado pisar la información a todos los diarios.

—Lo sé. Fue idea mía. Y de Cannon, naturalmente.

—¿Quién transmitió la información?

—Kimball informó del rejuvenecimiento de Jenny Saxon...

—Al diablo con eso. Debe ser un truco publicitario de la Saxon, que ese idiota de Kimball aprovechó para ganarse unos dólares. Hablaré con él personalmente, maldito sea. ¿Quién informó de lo de Evans?

—Dijo ser uno de nuestros informadores habituales. Me dio noticia, pero luego colgó. Pensé que lo haría por motivos personales o por problemas con la policía, y que luego comunicaría su identidad, para cobrar lo habitual en estos casos. Pero nadie ha llamado aún. Y, lo que es más raro, he hablado con los informadores de costumbre, y ninguno hizo la llamada...

—De modo que fue anónima..., pero fidedigna. Curioso, Randy. ¿Quién diablos tiene en tal estima al *Star* como para regalarnos esa primicia sin compensación alguna?

—No lo sé. Tal vez algún lector entusiasta...

—O tal vez el asesino en persona, si le gusta la publicidad —refunfuñó Kellog, pensativo—. Está bien, luego nos veremos en la redacción. Ah, y avise a ese chico, Cannon. Me gustó su estilo de tratar las dos noticias. Es posible que le dé una grata sorpresa...

Colgó, quedándose ceñudo, la mirada perdida en el vacío.

—Un informe anónimo... —comentó para sí—. ¿Quién? ¿Por qué pensó que podía interesarnos tanto la noticia de ese feo crimen? No me gustan esos favores. Más pronto o más tarde, ese comunicante querrá cobrárselo de alguna forma...

Belinda Asher suspiró, cerrando la maleta.

Había renunciado. La última oportunidad fue el día anterior. Ahora ya no quería insistir más. Era el final. Su despedida de Hollywood, antes de que fuese demasiado tarde.

Aún tenía, cuando menos, lo suficiente para volver a Tennessee, su tierra natal. No le gustaba la idea de regresar a la granja paterna, a ordeñar vacas y ayudar en los sembrados.

Al pie de algunas fotografías, el autor de los artículos, un tal S. Cannon, había expresado claramente, refiriéndose a las dos personas allí reproducidas:

Así eran, hace cuarenta años poco más o menos, los protagonistas de estas dos noticias. Naturalmente, Selwyn Evans ha muerto mucho más viejo de lo que aquí vemos. En cuanto a Jenny Saxon, el *sex-symbol* de otra época, ¿habrá vuelto a ser así, gracias a los dudosos milagros de la geriatría que menciona esta curiosa y poco verosímil noticia recibida en nuestra redacción a la hora de cerrar?

Belinda notó una rara agitación dentro de sí. Miró en derredor, descubriendo un teléfono público no lejos de ella. Siguiendo un impulso, se puso en pie. Fue al aparato, dejando su maleta en el banco, y consultó el número de la redacción del *Star*. Echó una moneda en la ranura, y marcó.

—*Screen Star* —dijo una aburrida voz femenina al otro extremo del hilo—. ¿Quién llama, por favor?

—Soy... soy Belinda Asher. No me conocen. Deseo hablar con..., con S. Cannon.

—¿Scott Cannon, quiere decir? ¿De redacción?

—Sí, supongo que sí. Es..., es importante.

—Un momento, por favor —la voz parecía proceder entre bostezos. Sonó un *clic*, hubo una pausa, y otra voz, viril y jovial, retumbó en el oído de Belinda, a través del micrófono.

—Scott Cannon al habla. ¿Quién llama?

—Verá... —la joven tragó saliva, algo cohibida—. Mi nombre es Belinda Asher, y soy solamente una *starlett* que...

—Entonces, se equivocó de persona —cortó desabridamente él—. Llame a Charles Doyle, de compaginación, déle sus datos y envíele una o más fotografías suyas, a ser posible desnuda, para que trate de publicarlas en cuanto haya una ocasión, aunque creo que tiene más de doscientas a la espera y...

—¡Un momento, señor Cannon! —se irritó la joven, deteniéndole con brusquedad—. Yo no pretendo aparecer desnuda en su revista, ni tan siquiera voy a permanecer un minuto más en Hollywood. Estoy en la estación de autobuses, a punto de tomar uno para el Este, y no volveré nunca más a esta sucia ciudad.

—Entonces, ¿a qué diablos me llama? —gruñó Cannon, malhumorado.

—Porque necesito hablar con usted lo antes posible. Es..., es sobre esa información que publica hoy en el *Star*...

—¿Se refiere a la muerte de Selwyn Evans?

—Me refiero a la muerte de Selwyn Evans... y a la juventud de Jenny Saxon, señor Cannon.

—¿A las dos noticias? Supongo que le interesará especialmente una de ellas solamente, señorita...

—Es *a usted*, imagino, a quien le interesará saber lo que yo puedo decirle de *las dos* noticias de última hora, no de una tan sólo.

—¿Qué es lo que sabe? —el tono de Cannon empezaba a revelar interés.

—Algo que a mí misma me ha sorprendido. Ambas noticias se relacionan entre sí de alguna forma, señor Cannon; estoy segura.

Hubo un corto silencio al otro extremo del hilo. Luego la voz del periodista tuvo un tono cauto que antes no mostraba.

—Concretemos, señorita..., Asher. ¿Qué quiere decir exactamente con eso? Para mí, son dos noticias de alcance, sólo eso. Sin relación alguna entre sí.

—Pues se equivoca de medio a medio. Anoche vi a esas dos personas *juntas*. Y debían de ser ya las dos de la madrugada.

—Las dos... —masculló Cannon, como si evocara algo—. Espere, por favor... A las tres y media salía yo de la redacción cuando..., cuando me dieron ambas noticias y regresé.

¿Dice que vio a las dos de la mañana a Selwyn Evans, el productor asesinado..., y a Jenny Saxon, la vieja *sex-symbol*?

—Los vi. Juntos a ambos. En un descapotable color mostaza, por Wylshire. Iban hacia el este de la ciudad, y les vi a la altura del Museo de Arte.

—Evans apareció muerto en Lafayette Park —mencionó pensativo Cannon—. Eso quiere decir que la ruta que usted señala es correcta. ¿Cómo pudo identificarles tan perfectamente, señorita Asher, solamente a través de esas fotografías?

—Muy sencillo; porque tuve una entrevista con el señor Evans personalmente, hace cosa de un mes, cuando pretendía alcanzar mi primer contrato, pero él era un cerdo, y me hizo proposiciones, deshonestas, a cambio de recomendarme a la Fox para un papel. Le envié al diablo, y me dijo riendo que terminaría

por acceder, con él o con otros, si quería llegar a algo en esta ciudad.

—Desgraciadamente, Evans tenía razón. Pero ahora viene lo más difícil, señorita Asher, que me hace dudar de sus palabras: la fotografía que publicamos de Jenny Saxon data de hace treinta y cinco años, de una de sus películas más famosas por entonces. ¿Se da cuenta de que ella tiene ahora sesenta y siete o sesenta y ocho años, y su aspecto no recuerda en nada al de esa fotografía de sus mejores tiempos?

—Se equivoca, señor Cannon —cortó Belinda secamente—. Se equivoca por completo. La mujer que iba en el coche con Selwyn Evans anoche era exactamente *la misma* de esa fotografía. Con idéntica juventud, el mismo rostro y el mismo tipo llamativo. Podría jurarlo ante cualquiera, incluso delante de un tribunal, se lo aseguro. Y ahora, si sigue empeñado en dudar de mis palabras, muy buenos días y hasta nunca, señor Cannon...

—¡Espere un momento! —clamó él vivamente.

Pero ya era tarde. Belinda había colgado. Y no pensaba llamar otra vez. Airada, regresó a su asiento y consultó el reloj. Faltaban menos de veinte minutos para la salida de su autobús. Se acomodó, volviendo a hojear el semanario cinematográfico más escandaloso y sensacionalista de todo Hollywood.

Sólo quince minutos más tarde, el altavoz llamaba a los viajeros al andén del coche de Phoenix, Arizona, Belinda, decidida, se puso en pie, recogiendo su maleta, y caminó hacia el lugar indicado.

A la entrada del mismo, mostró su billete al empleado. Iba a pasar ya adonde esperaba el largo autobús pullman, cuando una mano se apoyó en su brazo.

—¿Señorita Asher? —preguntó una voz.

Giró la cabeza, sorprendida. Se tropezó con un rostro joven y simpático, una mirada frívola y una sonrisa maliciosa en un rostro atractivo, varonil y agradable, bajo un mechón de cabellos rebeldes. Enarcó las cejas. No conocía de nada a aquel hombre. Ni ella había esperado ser conocida de nada en Los Angeles.

—Sí —dijo, perplejo—. ¿Y usted? ¿Quién es?

—Scott Cannon, del *Star* —rió el joven alegremente—. Me alegra conocerla.

—¿Cómo pudo usted saber...? —comenzó ella, atónita, mientras el empleado les miraba con impaciencia.

—Es fácil para un reportero. Me dijo que se iba en autobús al Este. Me vine hacia la estación de autobuses, pregunté cuál era el primer coche que salía para el Este, y me dijeron que el de Phoenix. Entonces, mi tarea se limitó a buscar a una chica lo

bastante atractiva como para ser *starlett* y recibir proposiciones deshonestas de tipos como el difunto Evans. En seguida tuve mi clasificación: sólo podía ser usted. Y traté de evitar que se marchase al Este.

—No puede evitarlo ya —suspiró ella—. Fallan sólo tres minutos para mi marcha, y debo subir al autobús...

—Sí, por favor —rogó el empleado—. Si desea usted despedirse de esta señorita, tome un billete de andén, se lo ruego.

—Haré algo más que eso —sonrió Cannon tomando audazmente por el brazo a Belinda y apartándola de la puerta—. Usted no se va en ese coche.

—¿Qué pretende? —se enfureció ella—. ¡No puede impedirme hacer mi voluntad, señor Cannon! Además, perder ese coche significa perder también el billete... Y no me sobra precisamente el dinero, corno fácilmente puede imaginar.

—Ese no es problema. Yo le pagaré el viaje en avión, si es preciso, si después de charlar ambos sigue decidida a viajar al Este, huyendo de Hollywood y de su gente.

—¿Por qué habría usted de hacer tal cosa? Deseo viajar en ese coche, es todo...

—Señorita Asher, no desconfíe de mí. No soy otro de los tipos que le hará proposiciones sucias, se lo aseguro. Sólo soy un periodista, y en lo que usted me comunicó a la redacción puede haber materia para un buen asunto. Por eso me interesa usted. ¿Se da cuenta de que es la única testigo que existe de que la víctima de un crimen iba acompañado de una persona concreta, sólo minutos antes de morir violentamente? He llamado a la policía, y según el forense la muerte se produjo entre dos y tres de la mañana, con absoluta seguridad. La policía estaría muy interesada en su testimonio.

—No pienso decir nada a la policía. No quiero líos, señor Cannon.

—No he dicho que vaya a decírselo, sino solamente que les gustaría saberlo —rió cínicamente Cannon. Miró a la joven, que aún se resistía a apartarse del andén del autobús, mientras el empleado de la puerta parecía dispuesto a intervenir en defensa de ella para permitirle hacer su voluntad—. Mire, señorita Asher, si su situación económica es tan precaria, tengo una proposición que hacerle, que tal vez le resulte ventajosa.

—¿Una proposición? ¿Usted a mí? ¿En qué sentido? —vaciló ella.

—En el estrictamente periodístico. Déme su información completa, un relato entero de la historia, y a cambio de ello, el *Star* le abonará ciento cincuenta dólares de gratificación.

—Ciento cincuenta... —dudó, pero terminó negando con la cabeza, enérgica—. No, no me interesa en absoluto. No quiero continuar aquí ni un minuto más, créame. Y no he nacido para periodista, puede estar seguro.

—No será periodista. Sólo una entrevista especial —resopló Cannon—. Bien, digamos que añadido algo por mi parte, ya que será mi propio éxito periodístico. Trescientos dólares por su exclusiva. Luego puede irse en avión adonde quiera.

—Esto no tiene sentido, señor Cannon. Yo le he contado ya casi todo lo que sé. Vi a esas dos personas juntas, eso es todo. ¿Tiene algo de sensacional?

—Mucho, señorita Cannon. Nadie ha podido confirmar la noticia del rejuvenecimiento de Jenny Saxon. Ella no recibe a nadie. Pero usted la vio anoche. Y asegura que *sí* es ahora como hace treinta y cinco años. ¿Cree que eso no es noticia?

—No debe sorprenderle demasiado —sonrió Belinda, encogiéndose de hombros—. En Hollywood se hacen cosas raras entre operaciones de cirugía plástica y maquillajes. No es esa actriz Jenny Saxon, la única que me ha parecido rejuvenecida en más de treinta años últimamente.

—¿Ah, no? —las cejas de Cannon se arquearon—. ¿A quién más ha visto?

—A una actriz muy simpática y afectuosa, que trató de anudarme a entrar en la Warner como *starlett*... Ivonne de Wilde, una famosa estrella de otros tiempos...

—¡Ivonne de Wilde! —bufó Scott—. Está retirada virtualmente. Su rostro es una pura arruga, incluso pierde pelo, y lo tiene blanco...

—No es así como yo la conocí hace dos semanas —sonrió Belinda, negando con la cabeza—. Me dijo que había seguido un tratamiento especial... y era *idéntica* a sus antiguas fotografías de los años cuarenta, se lo aseguro.

Scott Cannon se quedó de una pieza. Miró a Belinda como si ésta le estuviera tomando el pelo. Hubo un zumbido en los altavoces, últimas llamada al *bus* de Phoenix. El empleado se mostró beligerante, mirando ceñudo a Cannon.

—Señorita, ¿quiere tomar ese autobús? —preguntó—. Va a salir ya. Si ese hombre se lo impide, puedo llamar a la policía o bien ocuparme yo mismo de él...

—Mil dólares —jadeó Cannon, desesperado, apretando los dedos de su mano sobre el brazo de ella—. Mil dólares por su entrevista. Quédese, señorita Asher, por Dios.

—Bien —decidió ella—. Acepto. Gracias por su ayuda, señor. No hace falta. Me quedo aquí por mi voluntad...

Y dio media vuelta, alejándose del sorprendido empleado, junto

a Scott Cannon. El hombre de la puerta meneó la cabeza.

—Mujeres... —rezongó, malhumorado.

El coche de Phoenix arrancó del andén. Belinda giró un momento la cabeza y miró. Sonrió Cannon.

—No tiene nada que temer —dijo—. Soy honesto. Le prometí mil dólares, y los tendrá. Pero si me ha contado un cuento chino, usted y yo saldremos á patadas del *Star*, se lo aseguro. Kellog, su editor, no paga mil dólares si no es por algo que vale la pena. Y para él, el escándalo y la calumnia son lo que más se debe pagar.

—Yo no pretendo calumniar a nadie.

—Lo sé, lo sé. Pero si es cierto que usted vio a esas dos actrices convertidas de nuevo en jóvenes bellezas, eso sí puede ser una noticia espectacular. No conozco a cirujano ni maquillador alguno que pueda cubrir sesenta o setenta años con la máscara de la verdadera juventud.

—Fue lo que yo pensé. Y la propia Ivonne de Wilde me lo confirmó, asegurando que todo era magia de los maquilladores y los cirujanos.

—Que yo sepa, Ivonne de Wilde lleva veinte años sin ponerse en manos de un maquillador. Y su última operación de cirugía plástica tuvo lugar en 1957. Por cierto que no le sirvió de mucho. Demandó al cirujano por entonces, y éste salió absuelto, al demostrar que las arrugas de Ivonne de Wilde no había quien las reparase. Además de provocar la risa de la sala, obtuvo una sentencia absolutoria, que acabó de hundir a Ivonne en el ridículo y el olvido. ¡Y ahora me cuenta usted que está *igual* que hace treinta y cinco años! Eso es, sencillamente imposible.

—Puede probarse. Bastará con que ella dé la cara y sé muestre tal como es...

—Sí. También tenemos una confidencia de un colaborador, que afirma que Jenny Saxon vuelve a ser la *vamp* irresistible de los cuarenta, gracias a un plan geriátrico especial. Y usted lo confirma al identificarla en esa vieja fotografía...

—Es cierto. La vi claramente, cuando el coche se detuvo en un semáforo, ante mí. Evans reía y charlaba con ella, con gesto radiante. Parecía haber hecho una conquista fabulosa... Y, ciertamente, la mujer, si era realmente Jenny Saxon, era todo un ejemplar. Alta, arrogante, hermosa, piel tersa, ojos rasgados, boca carnosa, senos grandes y firmes...

—Es su descripción, no hay duda. O la de una imitadora o hermana gemela —gruñó Cannon, perplejo, rascándose los revueltos cabellos. Se paró en seco, ante la salida de la estación del *bus*—. Es como oír decir que ha resucitado Gary Cooper, o que Cary Grant y Gilbert Roland vuelven a ser jovencitos imberbes...

Decididamente increíble.

—En resumen: si no me cree usted, ¿cómo va a creermelo su editor para pagarme mil dólares? —dudó Belinda, recelosa.

—De eso no debe preocuparse. Apenas lleguemos a la redacción, pasará un recibo por mil dólares a caja, y usted cobrará puntualmente su dinero, firmándome un recibo por esa suma. Luego será asunto exclusivamente mío plantar cara al jefe y explicar mis razones.

—¿Puede verse metido en problemas?

—Puedo, sí. Intentaré que no sea de ese modo, no tema.

Si su informe es cierto y podemos añadirle alguna comprobación más, Kellog no dirá nada, e incluso es capaz de lanzar una edición especial. Lo malo es que los policías meterán el hocico en esto apenas hablemos de Selwyn Evans...

—Y si ocultan eso, será como esconder pruebas a la ley.

—Muy inteligente, señorita Asher. Usted no tiene madera de *starlett*, sino de algo más. He tratado con muchas de ellas, y todas eran perfectas imbéciles, se lo aseguro. Sólo tenían físico. Tiene usted razón. Habrá que manejar esto con cuidado. Puede ser una bomba si estalla. Bien, adelante. Veremos cómo se dan las cosas. ¿Puedo llevarla a la redacción para redactar su historia cuanto antes y cobrar usted su dinero en seguida? Luego puede hacer lo que guste.

—O lo que la policía me permita, si llega a saber que vi a Evans con alguien, sólo minutos antes de morir tan horriblemente...

—La historia saldrá dentro de siete días, si no hay motivos para una edición extra del semanario. Tiene todo ese tiempo por delante para escapar de los policías.

Subieron al coche de Cannon, que esperaba en el parking de la estación de autobuses. Y partieron de nuevo hacia el centro de Los Angeles, mientras el autobús de Phoenix se alejaba hacia el Este, con un asiento vacío.

CAPITULO IV

Claire Roberts tomó un sorbo del café con leche. Luego volvió a mirar a Ivonne de Wilde, pensativa. El sol matinal entraba a raudales en la estancia donde ambas mujeres desayunaban, en medio de un silencio tenso y difícil.

—Aún pareces sobrecogida, Claire —sonrió Ivonne lentamente, dando vueltas a la cucharilla en su taza de té con limón.

—Lo estoy, la verdad —suspiró Claire lentamente—. No logro hacerme a la idea...

—Inténtalo tú también. No es difícil. Sólo diez mil dólares. Una bagatela, para conseguir algo que no tiene precio.

—Pero es que..., es que me resulta increíble. No puedo comprender cómo nadie en el mundo es capaz de..., de algo así.

—Pero lo han hecho, ¿no es cierto? —Ivonne la miró con sus ojos brillantes, profundos—. Tienes la evidencia ante ti misma...

—Claro. Ya lo veo... —musitó Claire, temblándole la mano al sorber de nuevo el café—, ¿Lo sabe alguien más?

—No, nadie. Sólo una jovencita a quien intenté ayudar en la Warner... La cité en casa, y olvidé por un momento la realidad. Tuve que decirle que era cosa de los maquillajes, de la cirugía plástica...

—¿Se lo creyó?

—No sé. Se marchó fascinada por mi juventud y atractivo. Era una muchacha inexperta, soñando imposibles. No cuenta demasiado. Tampoco pude ayudarla mucho. Ya sabes cómo son esas cosas...

—Y cuando sales a la calle... ¿qué haces? —musitó Claire, apagada su voz.

—Esto —sonrió Ivonne, yendo a un mueble. Abrió un cajón, mostrando una peluca canosa, una mascarilla de plástico moldeable y maquillajes—. Ocultó la realidad.

—Entonces, ¿de qué te sirve todo esto? Si has de vivir ocultándote de los demás...

—Estoy preparando mi retorno —señaló las fotografías enmarcadas, algunas de ellas amarilleando ya su brillante cartulina—. Será como un milagro, Claire. Un milagro que todos los que sobrevivimos a los viejos tiempos podemos realizar. Tú, yo, Stephen Jordan...

—¿También un hombre?

—También. No hay diferencia de sexos. Todos pueden gozar de la nueva juventud. Es lo maravilloso del tratamiento. El manantial soñado, Claire... ¿Imaginas? ¡Una nueva vida plena, nuevos éxitos, nuevos placeres, sentirse otra vez halagada, mimada, acaso

lanzada de nuevo a la fama!

—Demasiado hermoso para ser posible —musitó Claire Roberts, aturdida.

—Pero es posible. ¿O no?

Claire contempló largamente el rostro hermoso, seductor, terso y joven, de Ivonne de Wilde, la mujer que vivía aislada de todos para no mostrar sus arrugas y canas en una vejez humillante.

—Sí —susurró al fin—. Es posible... ¿Vas..., vas a darme la dirección de ese instituto geriátrico, Ivonne?

—Claro —sonrió la actriz que había regresado a su lejana y deslumbrante juventud como por arte de una diabólica magia—. ¿Por qué, si no, te he citado aquí? ¿Por qué te pedí que te quedases anoche, para dormir bajo mi mismo techo, a la espera de que tomaras una decisión, tras asimilar adecuadamente la increíble noticia? Yo misma te enviaré a ese instituto, de donde saldrás convertida en la Claire Roberts que viste anoche en las viejas películas de Stephen...

—Dios mío... —murmuró Claire, estremeciéndose—. ¿Será eso posible?

—Lo es. Vas a verlo por ti misma, cuando te mires en un espejo, dentro de pocas semanas, Claire querida.

Y la sonrisa confiada y jovial, en los labios nuevamente sensuales y gordezuelos de la vieja actriz, era la mejor de las invitaciones, la más fuerte de las garantías, de cara a un imposible.

—Entonces, estoy dispuesta —murmuró—. Pero me gustaría que Stephen, mi viejo amigo..., disfrutase de esto mismo. Le haría tan feliz vivir una realidad, y no soñar mientras ve una y otra vez sus viejos filmes archivados...

—Creo que hacerle esperar unas semanas no le hará ningún daño. Cuando te pueda ver a ti como tú me ves a mí ahora, será la mejor prueba de que debe intentarlo él también. ¿Qué te parece, Claire?

—Bien —sonrió la actriz—. Me parece muy bien, Ivonne... Dame esa dirección y di cuándo puedo ir. Estoy impaciente por..., por experimentarlo.

—Harás algo más que experimentar, Claire. Volverás a ser la que fuiste. Como yo. Como otras personas en Hollywood, que van a asombrar al mundo no tardando mucho revolucionando de nuevo la cinematografía, regresando a un tiempo que nunca debió morir...

* * *

—Walter Harfield, actor. O ex actor, mejor dicho... —El capitán

Garret, de Homicidios, meneó la cabeza, contemplando el cadáver —. Cielos, otro destrozo como el de anoche...

Sus agentes asintieron, rodeando cuidadosamente el lugar donde yacía el cuerpo destrozado y sangrante del hombre que interpretara en el pasado los mejores *westerns* de la Paramount. Ahora era solamente una piltrafa humana, con el rostro destrozado, los miembros mutilados y la carne abierta en mil heridas feroces.

—Parece obra del mismo sádico que mató a Selwyn —señaló uno de los expertos del Departamento de Homicidios de la ciudad de Los Angeles.

—Sí, ya lo he notado —asintió sombríamente el oficial de policía—. Idéntico ensañamiento, iguales señales incisivas, mutilaciones, ferocidad sanguinaria... Sin duda fue la misma mano la que acabó con los dos. Pero ¿quién, exactamente?

—Por fuerza un maníaco violento. Un ser normal no se ensaña así con una víctima, por mucho que la odie. Después de todo, Walter Hartfield tenía ya sesenta y cinco años y vivía retirado del cine. Vea su bastón roto en tierra... Debía caminar con dificultad, cojeando...

—Sí. Se retiró cuando se rompió la pierna por varios sitios durante el rodaje de su última película del Oeste —afirmó Garrett, pensativo—. Era uno de mis tipos favoritos por entonces. Pobre Hartfield... Doctor, ¿cuándo cree usted que debió morir?

—Hasta la autopsia no habrá seguridad —declaró el forense, incorporándose ceñudo—. Pero podría asegurar, de momento, que su muerte sobrevendría entre seis y ocho de la mañana, sin duda alguna... Es todo lo que puedo afirmar por el momento.

—Suficiente, gracias —Garrett paseó por el escenario del nuevo crimen—. Esto empieza a parecer una epidemia...

Se apartó del cadáver, recorriendo la zona del macabro hallazgo, en aquel *bungalow* aislado de Bel Air donde ocurriera el suceso. Las luces de la casa estaban encendidas, como si fuese de noche, cosa que parecía dar a entender que la hora de la muerte se aproximaba más a las seis que a las ocho, ya que en aquella época del año, amanecía habitualmente entre seis y media y siete de la mañana. La puerta abierta permitía entrar y salir libremente del *bungalow* al jardincillo donde yacía el cadáver junto a los macizos de flores que separaban el acceso a la vivienda de la zona destinada a la pequeña piscina, vacía en estos momentos de agua, sin duda en período de limpieza.

El capitán Garrett se movió hacia la salida, escudriñando la avenida arbolada, por donde era frecuente el tránsito de vehículos. Ceñudo, meditó en lo fácil que sería para cualquiera detener allí su coche,

llamar a la vivienda de Hartfield, matar a éste salvajemente y huir luego tal como había llegado, sin ser advertido por nadie.

—¿Qué relación puede tener Walter Hartfield con Selwyn Evans? —masculló, pensando en voz alta—. Este era un tipo odiado por mucha gente... Pero Hartfield vivía ya alejado del mundo del cine, no creo que nadie pudiera sentir nada malo hacia él. Ni siquiera se acordaban que existiese para algún estúpido telefilme de la pequeña pantalla, llenos siempre de viejas glorias en declive. Y no hay duda de que se trata de la misma persona, de la misma mano criminal en ambos casos... Coincidencias así no acostumbran a darse en tan corto espacio de tiempo y en una misma ciudad... entre gentes de un mundillo semejante, por añadidura.

La ambulancia no tardó en llegar, trasladando al difunto Hartfield y sus restos mutilados, en una camilla totalmente cubierta por una sábana. Cuando la sirena se perdió en la distancia, el oficial de Homicidios se quedó contemplándola y se sintió casi filósofo.

—Ahí van, hacia la Morgue, treinta años de películas de acción y aventuras, toda una vida dedicada a divertir a los demás... —comentó, pensativo—. Pobre Hartfield. Me gustaría saber quién lo hizo, para tener la satisfacción de meterlo entre rejas de por vida, maldito sea...

Y echó a andar, de regreso al jardincillo, para terminar el examen pericial del escenario del nuevo crimen cometido en Hollywood en sólo veinticuatro horas.

Por la avenida subían ya algunos automóviles con el distintivo de Prensa en sus parabrisas. Alguien, posiblemente un vecino, había dado la alerta, y los muchachos de los periódicos venían al ataque. Era algo inevitable, aunque al capitán Garrett acostumbraba a irritarle la curiosidad de los reporteros.

* * *

—Es una buena historia —aprobó Scott Cannon, sacando de la máquina de escribir el último folio de su reportaje. Lo tendió a la joven—, ¿Quiere firmarlo? Es sólo una garantía de que yo no me inventé todo esto...

—Claro —asintió ella, obedeciendo la petición de Scott Cannon—. Por mil dólares, vale la pena firmar lo que sea...

—Los recibirá inmediatamente en caja —suspiró Cannon, tendiendo otro papel a la joven—. Firme este recibo, y llévelo a caja. Será suficiente.

Randy le contempló fijamente desde su mesa inmediata. Parecía preocupado por algo.

—Scott» estás metiéndote en un buen lío, muchacho —advirtió.

—¿Por qué? —protestó Cannon—, Ambos hemos oído su relato. Vale la pena, ¿no?

—Si todo eso es cierto, claro que vale la pena. Pero ¿qué pensará Kellog del desembolso de mil dólares a cuenta del semanario?

—No había otro medio. Esta señorita se marchaba de Los Angeles. Sólo mi oferta la hizo reconsiderar su postura y venir al periódico, Randy.

—Kellog exigirá algo más que un testimonio personal.

—Escuche, yo no acostumbro a mentir —se irritó Belinda, volviéndose al redactor jefe del *Star*—. Y cuando afirmo haber visto algo, es porque es así. Lo puedo sostener ante un tribunal, si es preciso.

—Mire, señorita, yo no dudo de su palabra. Será Kellog quien lo haga. Y él es el jefe, el amo de todo esto, incluidos nosotros mismos —resopló Randy—. Usted no se verá en problemas. Será él quien lo pase mal.

—Lo siento —Belinda miró a Scott—, Fue idea suya, Cannon. Yo insistía en marcharme y olvidar todo eso...

—Claro que es idea mía. Y yo pagaré las consecuencias, no tema —rió Scott con una moral de hierro—. Kellog tendrá que admitir que es una exclusiva barata. Mil dólares por la primera evidencia de que algo en Hollywood funciona de modo poco normal, y la gente vieja y decrepita rejuvenece de pronto como en un milagro de cuento de hadas.

—¿Quién ha hablado de mil dólares? —tronó una voz cerca de ellos, invadiendo la sala de redacción con sus potentes ecos.

Randy, el redactor jefe, pareció desinflarse en su asiento, Scott pegó un respingo, y Belinda Asher, al volverse, se encaró con un hombretón fornido, pelirrojo, medio calvo, de rostro cubierto de pecas, mirada azul, fría como el hielo, y mentón cuadrado, digno de un boxeador de los grandes pesos.

—Archie Kellog, en persona —suspiró Scott—. O la marabunda, mejor dicho...

Kellog llegó ante ellos. Se quedó mirando a la joven con curiosidad, arrugó el ceño, pareció encontrar atractivas sus formas, dibujó una mueca torcida en sus labios, y luego escudriñó con cara de pocos amigos a su reportero.

—Insisto, Cannon —gruñó—, ¿Qué significa eso de mil dólares por una información?

—Justamente lo que la señorita Asher va a cobrar por su informe —dijo con decisión Scott.

—¿Qué clase de informe es éste? —tronó Kellog—. ¿Hay

pruebas de que algunas estrellas de Hollywood se acuestan con el presidente de Estados Unidos, o que algún galán de cine homosexual tiene relaciones íntimas con algún jeque del petróleo?

—No diga tonterías, jefe —se irritó Scott.

—¡No estoy diciendo tonterías! —se enfureció a su vez Kellog—. Yo sólo pago mil dólares por cosas trascendentales, que puedan vender ediciones especiales a manos llenas; ¿está eso claro?

—¿Qué diría usted si el *Star* fuese el primero en informar que las viejas glorias del cine han rejuvenecido de repente, y vuelven a tener el físico, la vitalidad y atractivo de cuando eran famosos, cuarenta años atrás?

—Diría que todos ustedes están locos. Bien está que publiquen esa tontería de Jenny Saxon, si su nuevo agente de publicidad ha orquestado una campaña en su favor; pero ahí termina la cosa, Cannon.

—No. Ahí no termina, señor Kellog. Ahí empieza todo —replicó Scott—. Algo raro está ocurriendo en Hollywood. Esta joven es testigo. Ha visto personalmente a Jenny Saxon. Y es cierto. Vuelve a ser la *vamp* deslumbradora de los cuarenta. En cuanto a Ivonne de Wilde, es una belleza ingenua y seductora nuevamente, con rostro y tipo de veintitantos años de edad. ¿Qué me dice a eso?

—Que su amiguita es una embustera de cuidado... o estaba bebida cuando creyó ver eso que dice —repuso Kellog sin rodeos.

—¡Señor Kellog! —Belinda se incorporó, violenta, encarándose con él—. ¡Juro ante Dios que no bebo alcohol, no miento en absoluto, y repito que cuanto he dicho es la verdad absoluta! Si quiere, puede llevarme a jurarlo ante un juez. Insistiré en ello, opinen lo que opinen los demás.

Kellog la miró asombrado. La energía de la muchacha pareció impresionarle favorablemente. Pero sacudió la cabeza, hundiéndose sus manazas en los bolsillos del pantalón.

—No tiene sentido —objetó—. No hay cirugía que pueda devolver la juventud a gente como Jenny Saxon o Ivonne de Wilde. Conozco bien a ambas.

—¿Las ha visto últimamente?

—No. Ni me hace falta. Eran dos casos perdidos. Supongo que siguen siéndolo.

—Señor Kellog, Jenny Saxon iba con Selwyn Evans en un coche, minutos antes de su muerte. Y era tal como fue hace treinta y cinco años. Esta joven lo afirma bajo juramento.

—Ya. Y usted paga mil dólares por eso —le miró con una mezcla de sarcasmo e ira—. Escuche, Cannon; permitiré que esta

jovencita cobre los mil dólares cuando tenga una evidencia, una sola, de que lo que dice es verdad. Una fotografía, testigos, lo que sea. Pero algo que confirme sus palabras sin lugar a dudas. No quiero ser el hazmerreír de esta ciudad si publico todo eso en el periódico.

—De cualquier forma, le prometí mil dólares. De otro modo, ella se ausentaba de Los Angeles. Y va a cobrarlos ahora, señor Kellog.

—Si usted responde de ese dinero con su jornal, caso de no probar nada..., acepto —fue la respuesta contundente de su jefe, mirándole agresivo.

—Muy bien —resopló Cannon—. Acepto yo también. Si no probamos esto, descuénteme de mi jornal ese dinero. Pero ahora, ella cobrará sus mil dólares. Es mi palabra.

Hizo firmar a la joven el recibo. Ella vaciló, al hacerlo.

—Creo que no debo cobrar ese dinero —objetó, dubitativa—. Me conformaré con algo a cuenta, lo suficiente para ir tirando algún tiempo...

—No. Usted cobrará sus mil dólares. Luego resolveremos. Estoy seguro de que vamos a poder probar lo que dijo de alguna forma. Tengo una idea —le entregó el recibo—. Vaya por el corredor. Al fondo verá una vidriera con una taquilla. Allí le darán el cheque por ese importe contra su recibo. Yo voy a hacer algo mientras tanto.

—¿Qué? —preguntó Kellog con ironía, mientras Belinda iba con su recibo a hacer efectivo el importe marcado por Cannon—. ¿Comprobar que existe en Hollywood un manantial de eterna juventud?

—Algo así —afirmó secamente Scott, descolgando el teléfono. Marcó un número, y poco después hablaba con alguien—. ¿Eres tú, Mike? Te necesito para algo esta misma tarde. Será una tarea especial. Trae tu cámara con película de alta sensibilidad, y sin *flash*. Será preciso fotografiar con luz artificial, sin ser advertidos. Ya sabes lo que eso significa, ¿no? ¿El lugar y la hora? Toma nota: la vivienda de Ivonne de Wilde, la vieja actriz. Sí, es en Beverly Hills. Ya sabes dónde. Y si no lo sabes, lo averiguas. No te costará mucho. Para no ser vistos, será mejor que haya oscurecido. A las siete y media u ocho. Quien antes llegue, espera. Y cuidado. Nada de pasos en falso. Puede haber problemas. De allí iremos a casa de otra antigua actriz, ya sabrás quién en su momento. Perfecto, Mike. No me falles.

Colgó. Miró satisfecho a Kellog, con un destello de ironía en sus ojos.

—Ahora, esperemos resultados —dijo—. Si son positivos, ¿paga

usted los mil?

—Haré algo más que .eso. Si puedes demostrarme que algún extraño milagro devuelve la juventud a la gente vieja de Hollywood, podemos vender millares de ejemplares de una edición especial. Eso significaría para ti una subida de sueldo y de categoría. Y para esa joven, tu amiga, posiblemente un contrato de reportera en mi periódico.

—¿Y si fallamos?

—No lo sé aún. Pero es posible que te despidas, apenas amortices esos malditos mil dólares —amenazó sordamente Kellog, saliendo de la redacción con un fuerte portazo.

Randy miró irónicamente a Scott, que se había quedado silencioso, profundamente pensativo tras la amenaza recibida.

—Una situación enojosa, ¿eh, Scott? —comentó burlón—. O la fama... o el desastre.

—Bueno —se encogió de hombros Cannon—. Habrá valido la pena, después de todo. Puede ser el principio de algo mejor... o el fin de una etapa que no me enorgullece demasiado.

Belinda regresó pronto con su cheque nominal por mil dólares. Parecía contemplarlo con incredulidad, mientras lo agitaba en el aire.

—Gracias por todo, Cannon —dijo sonriendo, al pararse ante el joven—. Pero no puedo dejar de pensar en el problema que le he creado...

—No se preocupe. Hoy puede quedar confirmada su noticia, señorita Asher. Si usted dijo la verdad, y me consta que es así con sólo verla, o yo no conozco a la gente en absoluto, voy a tener pronto las pruebas que Kellog precisa. Demostraré que hay algo capaz de devolver la perdida juventud a los viejos ídolos de Hollywood. Y si eso tiene alguna relación con un crimen, también intentaré descubrirlo para mis lectores...

—¿Un crimen? —repitió burlonamente Randy, colgando el teléfono tras atender una llamada breve—. Rectifica, muchacho. Deberás hablar ya de *dos* crímenes...

—¿Dos? —se sobresaltó Scott, mirando con sorpresa a su superior—. ¿Qué es lo que dice, Randy?

—Lo que has oído. Me han llamado desde Bel Air. Hay periodistas en enjambre en la vivienda de Walter Hartfield, el viejo vaquero de los grandes *westwerns* de los cuarenta. Alguien le mató esta mañana, de igual modo que a Selwyn Evans. Es decir, ensañándose en él, y mutilando luego su cadáver. La policía cree que se trata del mismo criminal en ambos casos...

—Walter Hartfield... —repitió Scott, mirando aturdido, primero a Randy, y luego a la sobresaltada muchacha—. Precisamente Hartfield

tuvo amores, en sus tiempos, con dos mujeres en especial: Jenny Saxon y la propia Ivonne de Wilde... Curioso, ¿no?

CAPITULO V

Mike Howard consultó su reloj. Se había adelantado en exceso a la cita. Eran solamente las siete y veinte de la tarde, pero ya había oscurecido lo suficiente. Brillaban luces en el porche y en la vivienda de Ivonne de Wilde, su objetivo inmediato, según las instrucciones telefónicas recibidas de Scott Cannon, su compañero de tareas informativas en el *Screen Star*.

Encendió un cigarrillo, permaneciendo sentado al volante de su coche, sin moverse del punto donde aparcara, entre dos residencias situadas en el lado opuesto al *bungalow* de Ivonne de Wilde, justo en un angosto y umbrío pasaje abierto entre altos setos y vallas. Era un buen emplazamiento para otear la casa sin ser visto.

Encima del asiento, junto a él, reposaban las cámaras especiales, dispuestas para la tarea. Todas ellas de objetivo altamente luminoso, células infrarrojas de precisión y nitidez, y película de la máxima sensibilidad, capaz de hacer buenas fotografías incluso a la luz de una bujía.

Se preguntaba qué clase de asunto misterioso se traería Cannon entre manos. Sabía que el joven reportero nunca había estado de acuerdo con el carácter escandaloso y sensacionalista del semanario, y sin embargo ahora se disponía a inmiscuirse con todas las agravantes en la vida privada de una mujer apartada del mundillo cinematográfico como era Ivonne de Wilde, la que en un tiempo fuese gran «estrella» de Hollywood y triunfante nombre en las carteleras de todo el mundo.

A las siete y veinticinco, se abrió la puerta de la casa, y vio asomar cautelosamente a alguien que escudriñó el jardín en sombras, antes de aventurarse a caminar entre setos y macizos florales hacia un punto determinado del recinto vallado, entre la piscina y el garaje. Parecía una mujer. Y de no ser porque ello no era posible, hubiese jurado que era la propia Ivonne de Wilde, pero tal como aparecía en las viejas películas que él mismo había visto a veces por televisión en algún programa retrospectivo o en un ciclo dedicado a las viejas glorias.

Tal vez se trataba de alguna hija poco conocida en el ambiente del cine, o de la propia Ivonne, empeñada en revivir tiempos pasados con una cabellera teñida y un aspecto impropio de su edad, aunque a Mike le pareció que la figura de la mujer poseía la arrogancia y esbeltez de una auténtica joven de veinticinco años. Pero todo ello podía ser simple efecto de la distancia y de la escasa luz reinante.

Poco después, ella regresó a la casa. Se detuvo en la puerta, y se inclinó, subiendo las medias. Sus piernas le parecieron a Mike

Howard de una belleza escultural, recortándose contra la iluminada puerta de la casa. Pestañeó, sorprendido.

—Qué diablos... —murmuró—. Esa no puede ser Ivonne de Wilde. La última vez que la fotografié, en la entrega de los Oscars, era una respetable anciana de pelo blanco y piernas flacas y nudosas...

Mordióse el labio inferior. ¿Qué andaba buscando exactamente Cannon con aquella visita vespertina? ¿Qué secreto ocultaba la vivienda de Ivonne de Wilde? ¿Y si él podía darle la sorpresa de tener ya preparado un reportaje previo, cuando Scott llegase allí minutos más tarde?

Idea y decisión fueron casi simultáneas. Tomó la cámara más sensible, y se encaminó resueltamente a la casa, cuando la puerta se cerraba tras de la mujer de las bellas piernas.

Saltó la valla sin producir ruido, y se encaminó directamente a una ventana entreabierta, por cuyos postigos sin ajustar era visible luz en alguna estancia de la casa.

Se agazapó entre los matorrales, junto al muro de la edificación, y aproximó la cámara al vidrio iluminado. Borrosamente, oteó la presencia de una mujer dentro de un salón o gabinete bien amueblado. El corazón le dio un vuelco al reconocerla.

Era Ivonne en persona.

Joven, hermosa y arrogante como casi cuarenta años antes...

Casi se le cayó la cámara de las manos ante la sorprendente visión, pero se dominó, y comenzó a disparar fotografías incesantemente, accionando con celeridad profesional el disparador.

La mujer desapareció de su campo visual, y oyó pisadas en el fondo de la casa. Rápido, rodeó el edificio, deteniéndose ante otro rectángulo iluminado. Este era el vidrio de una puerta trasera, asomada a una cocina. Ivonne estaba ahora haciendo algo en el horno. La imagen podía salir nítida. No dudó en seguir haciendo fotografías con rapidez.

En uno de los momentos, se detuvo, alarmado, apresurándose a agacharse para no ser visto. Tal vez el sonido del disparador había llegado de alguna forma al oído de ella, atrayendo su atención hacia aquella puerta. Cuando la oyó taconear en esa dirección, Howard, rápidamente, se deslizó de costado, hasta que unos matorrales del jardín le ocultaron.

Ella abrió la puerta. Se asomó al jardín. Miró en todas direcciones, preocupada. El joven fotógrafo pudo ver a la perfección el rostro y figura de la ocupante de la casa. Más que nunca, comprobó que era la propia Ivonne de Wilde, joven,

hermosa y atractiva. Si era una hija secreta de la actriz, resultaba la viva imagen de su madre tal como fue en otros tiempos. Pero ni él ni nadie habían oído hablar jamás de una hija de Ivonne de Wilde. Además, en su suéter llevaba unas iniciales bordadas: I. W. El fotógrafo se sentía aturdido, confuso.

Cuando ella regresó al interior, se olvidó asegurar la puerta de la cocina, que quedó solamente entornada. Mike Howard tragó saliva. Aquel azar podía permitirle ampliar su reportaje increíblemente. Tal vez Scott iba a felicitarle por su oportunismo y audacia.

Se incorporó, empujando la puerta lentamente. Entró en la cocina, sin producir el menor ruido. Curioseó con la mirada, hacia el fondo, en busca de la presencia de la dueña de la vivienda. No la localizó de momento.

Echó a andar hacia el interior, siempre con el máximo sigilo, sin que sus pisadas sonasen lo más mínimo, la cámara en ristre, presta a ser disparada. El corredor estaba en sombras. Sólo la luz de la cocina y la de un gabinete al fondo eran visibles por el momento.

De pronto, oyó un ruido leve a sus espaldas. Se volvió, sobresaltado.

Pudo disparar su cámara casi mecánicamente, justo cuando la mujer salía de una estancia inmediata a la cocina, posiblemente una despensa. Se vieron ambos cara a cara.

Mike Howard exclamó, al tiempo que hacía su fotografía de la mujer recién aparecida:

—¡Señora de Wilde! Debe perdonarme, pero... —se interrumpió, aterrado, cuando las manos de ella, situadas a su espalda, aparecieron ante su vista. Los ojos se desorbitaron, incrédulos, y la voz se le quebró, en un ronco murmullo de horror —, Eh, señora de Wilde... ¿Qué..., qué pretende? No intentará usted... ¿No me recuerda? Soy Howard, el fotógrafo de... ¡Nooo! ¡No, por Dios...!

Las manos de ella se habían alzado. La luz del corredor se quebró en una ancha y afiladísima hoja de acero.

Cuando cayó sobre Mike Howard, un reguero violento de sangre golpeó los muros y las ropas de la propia Ivonne de Wilde.

El hacha enarbolada por la rejuvenecida estrella de otros tiempos acababa de hundir el cráneo del joven fotógrafo. Su cuerpo cayó al suelo, en medio de un denso charco rojo.

Y el hacha siguió golpeando, golpeando, hendiendo el cuerpo, abriendo en él profundos tajos o mutilando miembros violentamente...

Scott Cannon se incorporó, sorprendido, tras examinar el automóvil aparcado en el pasaje.

Evidentemente, era el de Mike Howard, el fotógrafo. Conocía aquel vehículo bien. Además, la licencia estaba a su nombre, cosa que no hacía sino confirmar su impresión inicial al descubrir el coche en aquel punto.

Se frotó el mentón, pensativo. Volvió a caminar hasta la acera bordeada de cercas y jardines. Aquel *bungalow* era el de Ivonne de Wilde. Y allí había quedado con Howard entre siete y media y ocho. Eran justamente las ocho menos cuarto. Howard no aparecía. Su coche, sin embargo, estaba allí. No había bares ni cafeterías en las proximidades, donde el fotógrafo pudiera estar.

Recorrió el trecho de avenida nuevamente, arriba y abajo. Siguió sin encontrar rastro de Mike. Ya había oscurecido. Su compañero había sido puntual, al parecer, pero... no estaba ahora allí.

Esperó casi hasta las ocho, sin cesar de caminar a lo largo de toda aquella manzana residencial. Regresó en vano junto al coche. Este seguía en el mismo sitio, con las cámaras sobre el asiento, desierto. Observó que había dos cámaras. Mike casi siempre llevaba tres consigo. Faltaba la mejor, la de objetivo más luminoso y potente.

Resueltamente, tomó una decisión. Era audaz, pero valía más comprobarlo de una vez por todas. Quizá Mike había llevado su iniciativa hasta el extremo de dirigirse a la propia vivienda de Ivonne de Wilde. Y eso, justamente, fue lo que él hizo ahora.

Llamó dos veces a la puerta. Esperó, paciente. Una luz se encendió en las proximidades de la puerta. La del porche ya lo estaba. Para su sorpresa, la puerta se abrió. Una figura femenina apareció en el umbral.

—¿Quién llama? —preguntó con tono desconfiado, algo seco.

—Scott Cannon, del *Screen Star*, señorita De Wilde. Venía para un reportaje. Pero mi compañero no aparece...

—Lo lamento. No sé de qué me habla, señor Cannon —dijo una voz cansada. La luz del recibidor nimbaba de blanco sus canosos cabellos, la figura era encogida, vestía de gris oscuro y tenía todo el aspecto de una mujer de avanzada edad—. Habitualmente, no recibo visitas. La prensa ya no tiene interés en mí. No soy noticia para nadie desde hace años. ¿Está seguro de no equivocarse?

—Seguro. Queríamos entrevistarla para el *Star*. ¿No ha llamado nadie a su puerta durante la última media hora?

—Que yo sepa, no, joven —suspiró ella, cruzando el jardín con

paso lento y dificultoso, para detenerse ante él, al otro lado de la verja. La luz del porche y del alumbrado público revelaron a ojos de Cannon un rostro rugoso, pálido y envejecido, unos ojos macilentos, un cabello blanco y ralo, unas manos de mujer de edad, temblorosas y débiles. Nada de lo que podía imaginar. Nada de lo que dijo Belinda Asher—. No sólo en la última media hora, sino en todo el día ha llamado nadie, salvo el lechero y el repartidor de periódicos. ¿Desea entrar? Puedo ofrecerle algo de beber, mientras espera a su amigo...

—No, gracias, señorita De Wilde —rechazó él vivamente—. Creo que no tiene objeto, por el momento, hacer ese reportaje. Tal vez mi amigo tuvo algo que hacer y se demorará. Posiblemente volvamos otro día, si no la molesta.

—¿Molestarme? —sonrió ella dulcemente—. No, claro que no. No acostumbro a recibir ya a periodistas últimamente, ni me gustan las entrevistas, porque me recuerdan viejos y añorados tiempos; pero usted parece un joven simpático y comprensivo. Puede volver cuando desee.

—Muy amable —se inclinó cortés—, Gracias por todo, y perdone la molestia.

Se retiró, confuso, alejándose calle arriba hacia su propio automóvil, aparcado en la manzana inmediata. Había visto cara a cara a Ivonne de Wilde. Nada de juventud, nada de lozanía recuperada. Seguía siendo la que debía de ser en buena lógica: una anciana de sesenta y seis o sesenta y siete años, no demasiado bien conservada. El reportaje, las fotografías, absolutamente todo estaba de más. Belinda Asher le había mentido. No existía milagro. No había rejuvenecimiento fantástico. Si esto era falso, también lo sería lo de Jenny Saxon. A pesar de ella y a pesar de las informaciones de su corresponsal Kimball, aunque mostrase una fotografía *Polaroid*, como decía tener. Tal vez una imagen trucada, cualquiera podía hacer algo así.

Se sentía estafado. Mil dólares por nada. No había un átomo de verdad en la historia de Belinda. Kellog iba a ponerse hecho una furia. Y él tendría que pagar mil dólares de su salario, para compensarle de tan burdo engaño.

Irritado, subió a su coche y arrancó rápido hacia la redacción. Tal vez aún sería tiempo de ver a Belinda Asher, si a estas horas no había abandonado Hollywood, con sus mil dólares ganados a base de mentiras.

Dentro de la casa, lentamente, Ivonne de Wilde se iba despojando de su peluca canosa, sus plásticos adhesivos, que convertían en rugosas y viejas sus manos y sus facciones.

Unos lentes de contacto que enturbiaban su mirada, cayeron al

cajón, junto a los demás postizos. La juventud extraña, pujante, misteriosa, de la antigua actriz, reapareció, aun bajo sus medias negras medio caídas y sus ropas grises y anticuadas.

Se irguió su figura, plena de vitalidad y juventud, se hincharon sus senos, se marcaron sus caderas, y el rostro terso y bello tuvo una expresión perversa. Soltó una carcajada ronca, mientras sus pupilas centelleaban con la vitalidad de una mujer en plena juventud, y murmuró entre dientes, regresando al corredor de la cocina.

—Estúpidos... Estúpidos todos... Vais a pagar lo que hicisteis de mí. El olvido, el desprecio, la indiferencia... Todo lo pagaréis...

Y se detuvo, contemplando con sardónica complacencia el horrendo espectáculo de un cuerpo ensangrentado, mutilado y sin vida, todavía disperso en atroz masacre, allí ante sus ojos, brillantes de júbilo animal...

* * *

Claire Roberts contempló largamente a la hermosa dama de cabellos dorados, muy claros, ojos ambarinos y expresión apacible, que, tras sus gafas de montura metálica y diseño moderno y ligero, la contemplaba sonriente desde detrás de su mesa.

—Ahora ya sabe a lo que he venido, doctora Atkins —dijo brevemente.

La doctora asintió lentamente, con expresión meditativa. Sus manos delicadas, de dedos largos y sensitivos, jugueteaban con un lápiz automático de plata. No dejaba de observarla atentamente.

—Claro que lo sé —admitió—, Y comprendo muy bien su caso. Es el de otras varias que han pasado ya por este centro, señorita Roberts.

—¿Cree que pueden tener conmigo el mismo éxito que con ellas? —indagó, anhelante, Claire.

—Verá... —la doctora tuvo una clara vacilación—. Nosotros no somos charlatanes de feria ni embaucadores, puede creerme. En este centro de tratamiento estético y de belleza, estamos realizando simplemente experimentos, pruebas que todavía no son definitivas. Usted, al ingresar, deberá firmar un documento conforme acepta el éxito o fracaso del tratamiento, corriendo el riesgo por su cuenta. El tratamiento es costoso, aunque de una brevedad asombrosa. Si tiene éxito, como en esos casos que usted conoce, volverá a ser exactamente la que fue. Si no... se quedará como, está o ligeramente mejorada. Y eso será todo.

—¿Quiere decir que no hay seguridad absoluta?

—Quiero decir que no queremos correr riesgos ni hacérselos correr a nuestras clientes. Existe en buena lógica un noventa por ciento de posibilidades favorables, o quizá más. Pero también puede presentarse el porcentaje negativo en su caso, porque esto es sólo experimental, como le digo, y algún día revolucionará el mundo. Lo que el ser humano más ha buscado, la juventud virtualmente eterna, puede ser una realidad, y de hecho lo es. Pero aún existen reservas, aún no está perfeccionado todo. Solamente quien se arriesga conoce al final si hubo éxito o no.

—Mi amiga, quien me envía, ha tenido éxito, y...

—Por favor, nada de nombres —la frenó la doctora suavemente—. No queremos hacer publicidad ni se deben citar identidades aquí o fuera de aquí. Si ello fuese así, este centro sería invadido por periodistas de todo el mundo, y eso no es lo que queremos. Usted firmará dos documentos. Uno, aceptando el riesgo. Otro, negando que nosotros le prometamos juventud ni se la concedamos. Eso debe quedar bien claro, ¿entiende? Si usted se convierte en la que fue hace años, como espero y creo, no deberá decir a nadie dónde ocurrió tal milagro. Y si lo hace, nos limitaremos a decir que el tratamiento de belleza dio resultados insospechados y que no comprendemos, basándonos en sus propias declaraciones firmadas. El importe del tratamiento total es de treinta y cinco mil dólares.

—Treinta y cinco mil... —murmuró Claire Roberts, arrugando el ceño—. Es muy caro.

—Lo sé. ¿Cuánto cree que vale recuperar la juventud? —sonrió la doctora.

—¿Y... si no se recupera?

—Es el riesgo a correr —se encogió de hombros su interlocutora.

—Dios mío, qué terrible riesgo... —musitó, apagadamente Claire—. Treinta y cinco mil... Ni siquiera tengo esa suma en efectivo. Llevo aquí dos mil... Poseo una cuenta corriente con unos cinco mil más, y algunos valores y propiedades... Podría reunirlos todo, pero no inmediatamente.

—Le sugiero un arreglo plausible. Déme ahora esos dos mil, y un talón bancario por cinco mil más. Luego arregle sus asuntos, mientras aquí dentro lleva a cabo su tratamiento completo, que dura sólo dos semanas. Al término de ese plazo, usted puede comprometerse mediante un documento legalizado a abonarnos el resto en un período máximo de un mes, pongamos por caso. Y todo resuelto.

—Sí, es una posibilidad... —meditó Claire, algo nerviosa—. Treinta y cinco mil por recuperar mi juventud...

—Cuidado. No le aseguro tal cosa —advirtió la doctora Ivy Atkins—. Sólo es una posibilidad con el noventa por ciento de

probabilidades favorables. De su naturaleza, de su respuesta al tratamiento, depende mucho de ese posible éxito.

—Correré el riesgo. Después de lo que vi anoche, cualquier cosa estará bien, doctora Atkins. Su tratamiento me ha fascinado...

—No es *mi* tratamiento —rectificó suavemente la doctora—. Yo sólo soy aquí administradora y colaboradora del profesor Nikolai Ivanescu, un investigador rumano que, como su colega, la doctora Asland, buscó la juventud de sus pacientes en Ja gerontología; pero tuvo la fortuna de hacer un hallazgo científico asombroso: la posibilidad de regenerar y renovar las células envejecidas, logrando con ello una regeneración masiva del organismo humano, en especial de su dermis y epidermis, así como de sus medios locomotores, sistema circulatorio y vísceras vitales. En suma, el sistema, cuando tiene éxito absoluto, convierte al ser tratado en una nueva persona que regresa, física y psíquicamente, a su juventud inicial. Cuando el método esté perfeccionado al ciento por ciento, será el hallazgo del siglo. El mundo entero podrá ser tratado por el sistema del profesor Ivanescu, y entonces por menos dinero que actualmente, al poderse comercializar de forma amplia.

—¿Existen muchos..., muchos casos de..., de fracaso? —musitó Claire—, Me refiero a los casos concretos de..., de no rejuvenecimiento, comprobados por ustedes.

La doctora Atkins sonrió, comprensiva.

—Tal como le dije, querida —murmuró dulcemente—. De cada diez casos, sólo uno ha resultado fallido... al menos en parte. La persona no se volvió joven, pero sí rejuveneció física y aparentemente mucho más que con cualquier otro método conocido, lo cual compensó, en parte, el gasto realizado. Usted sabe que muchas personas gastan infinitamente más de treinta y cinco mil dólares en tratamientos de belleza absolutamente inútiles.

—Sí, pero sigue siendo una suma importante para una mujer que ya no tiene éxito en su profesión, doctora —sonrió tristemente Claire.

—Lo sé, lo sé. Por ello le sugerí ese arreglo. ¿Cree que en un mes puede obtener usted los veinticinco mil dólares restantes?

—Pues... lo intentaré —meditó un momento, afirmando luego con cierta brusquedad—: Sí, claro que puedo. Ya le dije que buscaré liquidez en algunas acciones y valores... No creo que resulte difícil. Bien, doctora. Acepto el riesgo.

—Perfecto —sonrió la dama de las gafas de montura metálica—. Ahora firmará sus documentos de ingreso, y pasará al pabellón donde deberá permanecer durante dos días, sometida a un tratamiento especial, previo al método en sí.

—¿No puedo ya salir del pabellón desde mi ingreso? —vaciló Claire.

—Bueno, ésas son las reglas; pero no se mantiene una vigilancia celular ni mucho menos, sobre las ingresadas —sonrió la doctora con

más amplitud—. Y si precisa por una urgencia salir del pabellón, puede solicitarlo y regresar al día siguiente, para reemprender el tratamiento, pero siempre es mejor no hacerlo, para el mejor éxito y continuidad del mismo. ¿Decidida?

—Sí —suspiró Claire Roberts, la antigua ingenua del cine «negro» de los cuarenta—. Decidido, doctora Atkins. Me pongo en sus manos.

—Y en las del doctor Ivanescu, recuérdelo. El hará de usted, con toda seguridad, la cautivadora muchacha que fue un día. He visto alguna de sus películas en la televisión, y, créame que admiré mucho su antigua belleza. Sin duda volverá a verse en los espejos, tal como entonces era. Y la gente volverá a admirarla como entonces...

Los ojos de Claire brillaron. Evocó las imágenes vistas la noche antes en casa de su amigo Jordan, y temblaron sus manos con la sola idea del retorno al pasado, el prodigio soñado que nunca, nunca, había imaginado llegar a vivir.

—Dios la oiga, doctora —musitó—. Dios la oiga...

Dejó a un lado el periódico y el bolso. Los ojos de la doctora Atkins se fijaron en los titulares de aquella última edición del diario que Claire Roberts llevaba consigo, y sus ojos parecieron ensombrecerse por un instante, pero la nueva cliente del Centro de la Juventud del profesor Ivanescu, en Hollywood Boulevard, no advirtió nada especial en ella.

Los titulares se referían al segundo asesinato de las últimas horas: la aparición del cadáver mutilado y ensangrentado del viejo galán del cine del Oeste, Walter Hartfield, en su *bungalow* de Bel Air.

El periódico aludía ya a la posibilidad de la existencia de un sádico criminal en el vecindario de Hollywood. Un sádico que parecía sentir especial predilección por las viejas glorias del cine...

Claire Roberts firmó dos documentos, un cheque bancario por cinco mil dólares, y entregó dos mil en efectivo, a cambio de un recibo, un folleto explicativo y unos folios con el tratamiento inicial a llevar a cabo en el Pabellón de Ingreso del Centro Gerontológico.

Y en ese mismo momento, ingresó en el pabellón, siéndole asignada una habitación confortable, pequeña y alegre, con ventanas abiertas a un amplio jardín interior. Enfermeras del Centro atendían el pabellón y, ciertamente, nada en éste le dio a Claire la impresión de encierro o de rígido sistema de reclusión. Ni una ventana tenía barrotes o malla metálica, ni se le prohibía a cada cliente salir al jardín, dormir con sus ventanas abiertas o solicitar, en caso de necesidad, un volante para abandonar por varias horas el establecimiento.

Pero Claire no pensaba pedir ese volante en absoluto. No solicitaría salir del pabellón para nada. Quería ser joven lo más pronto posible. Ser hermosa de nuevo, como si los años no hubieran pasado por su persona. Como si el tiempo se hubiera detenido para ella, como para Ivonne de Wilde y otras personas que pasaron antes por este establecimiento milagroso...

CAPITULO VI

Belinda Asher miró furiosa al joven periodista. Estaba con las mejillas enrojecidas, los ojos centelleantes. Le temblaban las manos.

—¿De modo que es eso lo que piensa? —habló con agresividad—. ¿Cree que le he engañado?

—Por favor, Belinda, ¿qué puedo pensar después de lo que vi anoche? Esa mujer es la misma de siempre: pelo canoso, rostro arrugado, manos sarmentosas y viejas..., andares torpes, mirada apagada... Nada de juventud. Nada de magia.

—¡Pues juro que la vi en plena juventud! —clamó la muchacha, airada—. ¡Lo juro!

—Jure cuanto quiera, Belinda. ¿Quiere venir conmigo y verla con sus propios ojos? Esa mujer no ha vuelto a ser joven jamás.

—Tal vez fue sólo cosa temporal, un espejismo fugaz. Pero cuando yo la vi, era joven, era la misma de siempre, a menos que fuese una hija suya idéntica a como ella fue en el pasado...

—Mire, Belinda, he tenido mucha paciencia con usted. Anoche me dediqué, tras mi primer acceso de ira, a comprobar minuciosamente si Ivonne de Wilde tenía hijos. El resultado fue negativo. Nunca tuvo hijo alguno. De modo que no es ésa la explicación. Tampoco tiene familia. Vive sola y está sola en el mundo. Lo mismo sucede con Jenny Saxon, la vampiresa de los cuarenta.

—¡Yo también la vi! ¡Y era ella!

—Oh, sí. Y tenemos otra evidencia de que Jenny Saxon está convertida en una despampanante belleza de veintitantos años: un colaborador nuestro, Kimball. Pero ese bebe de más en ocasiones. Tenía una foto *Polaroid* con Jenny Saxon, y la perdió el muy imbécil, si es que realmente la tuvo alguna vez. Luego llega usted y confirma esa historia. Pero nadie más ha visto a Jenny Saxon en plena juventud, que yo sepa.

—Hubo alguien que la tuvo a su lado: Selwyn Evans.

—Oh, claro, pero da la casualidad de que Selwyn Evans ha muerto, y los muertos no acostumbran a contar lo que vieron o dejaron de ver —dijo con sarcasmo Scott, mirando a la joven con aire burlón.

—Diga lo que quiera, Cannon; pero yo vi a esas dos mujeres tal como le he dicho. Ahora, tome su maldito dinero, y no vuelva a hablarme nunca más. —Le tiró encima de la mesa de redacción un montón de billetes de cien dólares y otra moneda más fraccionada, al tiempo que añadía—: Faltan veinte dólares, que me he gastado. Se los reintegraré tan pronto los pueda obtener,

esté seguro de ello...

—Eh, espere, espere —se incorporó Cannon de un salto, sorprendido—. No he dicho que me devuelva el dinero, Belinda...

—Peor que eso: me ha acusado de embustera, de estafadora en suma, al sacarle dinero a su sucio periódico por una sarta de mentiras. Guárdese esa basura para usted, y quede a bien con su jefe, que es lo que le interesa. Yo me largo para el Este, y ahora no intente detenerme, porque no va a conseguirlo. ¿Está eso bien claro?

—Está bien, haga lo que quiera. Pero no tendrá dinero para su viaje, recuérdelo.

—Haré algo por conseguirlo —le replicó Belinda Asher—. Es posible que algún tipo me lo dé por mi cara bonita, si le hago algunos mimos. Después de todo, vale más eso que permanecer un minuto más en esta ciudad, junto a gente como ustedes...

Y echó a andar airoosamente hacia la salida, moviendo sus caderas con un cimbreo gracioso y airado a la vez.

Scott la contempló, ceñudo, y se dejó caer en su asiento, con un resoplido. Randy le miró disgustado.

—Hiciste mal, Scott —le reprendió.

—Diablos, no le pedí su dinero...

—Es igual que si se lo hubieses arrebatado del bolso. La acusaste de mentir, de engañarte. ¿Qué otra cosa esperabas que hiciese ella?

—Pero si mintió, Randy...

—¿Cómo lo sabes? ¿Porque viste a Ivonne de Wilde tal como siempre es? ¿Por qué no pudo ver ella algo distinto? Recuerda lo que dijo Kimball sobre Jenny Saxon. No fue solamente esa chica, sino Kimball también. Su historia no tendría sentido si fuese mentira.

—Menos tendría si pretendiera ser real. Nadie rejuvenece por arte de magia, Randy. Y menos nuestros gloriosos vejesterios cinematográficos...

—Muy bien. Piensa lo que quieras. ¿Has encontrado a Mike Howard?

—No, maldita sea. Su teléfono no contesta. Ni ha aparecido por la agencia donde trabaja todavía...

—Yo sé algo más que todo eso —suspiró Randy—. Me han informado de que su madre ha presentado una denuncia ante la policía por la desaparición de Mike. No aparece por ninguna parte. Y su coche dices que estaba frente a la vivienda de Ivonne de Wilde, ¿no?

—Infiernos, sí. ¿Qué tiene eso que ver en el asunto?

—No lo sé. Sólo te explico lo que sucede con Mike. Me

preocupa su desaparición, la verdad...

Scott se quedó ceñudo, pensativo. Miraba los billetes de Belinda con expresión de disgusto. Los recogió, formando con ellos una pila. Luego llamó por teléfono a la agencia y a casa de Mike Howard. Confirmó lo que ya sabía: no se sabía nada de él. Su madre, llorando, le dijo que nunca había ocurrido nada así. Mike no era de los que desaparecían sin avisar de su paradero. La mujer estaba realmente angustiada.

Jurando entre dientes, Scott guardó el fajo de billetes en un bolsillo y echó a andar hacia la salida de la redacción. Antes de llegar a abandonar ésta, el teléfono sonó a sus espaldas. Randy lo cogió, atendiendo la llamada. Le avisó:

—Para ti, Scott. Urgente. Parece que hay noticias importantes para el *Star*.

—¿De quién? —gruñó Cannon.

—De Kimball, precisamente.

Scott regresó, tomando el teléfono. El corresponsal del *Star*, en su tarea de husmeador de noticias, llamaba desde una cabina pública y parecía excitado.

—¿Qué hay, Kimball? —quiso saber Scott.

—Acaban de encontrarlo, Scott —dijo.

—¿Encontrar a quién?

—A Mike Howard, el fotógrafo desaparecido.

—¡Cielos! ¿Dónde está?

—En una bolsa de plástico, metida en un vertedero de Santa Mónica.

—¿Qué? —aulló Scott, palideciendo.

—Estaba allí con su cámara y todo. Pero sin película dentro. Tenía mutilados brazos y piernas, y la cabeza hundida a hachazos. Hay cortes por todo su cuerpo. Una masacre, Scott.

—Dios del cielo... —Cannon se apoyó, tambaleante, en su mesa, bajo la mirada sombría y preocupada de su jefe—. Mike... Pobre muchacho.. ¿Quién pudo hacer esa salvajada?

—Según la policía, el mismo que liquidó a Evans y a Hartfield. El sádico de Hollywood, el mutilador que se ensaña en sus víctimas...

—Pero esta vez no eligió a una vieja gloria del cine.

—No, esta vez no. Mike tenía sólo veintiocho años y no tenía otra relación con el cine que vivir en esta ciudad y hacer reportajes a las «estrellas» más conocidas...

—Gracias, Kimball. Iré ahora por allí... —colgó lentamente, sintiendo náuseas, malestar, y una profunda ira hacia alguien a quien no conocía—. Pobre muchacho...

—Mike, ¿eh? —gruñó Randy—. ¿Qué le hicieron?

—Ya puede suponerlo, Randy. Como a Evans y a Hartfield. En una bolsa de plástico, en un vertedero... hallaron sus restos y su cámara. Sin película.

—Vaya —Randy frunció el ceño, sin poder evitar que su faz se pusiera pálida y tensa—. ¿Qué me dices ahora? ¿Existe alguna relación entre esas muertes y la pretendida juventud de ciertas «estrellas» del pasado, Scott? Evans es visto con la rejuvenecida Jenny Saxon, y aparece muerto poco después... Hartfield, un viejo galán envejecido, aparece muerto del mismo modo. Ahora, tu amigo Mike, tras desaparecer en las cercanías de la vivienda de Yvonne de Wilde, a quien dos personas distintas habéis visto con diferente edad, aparece muerto quizá por la misma mano... ¿No crees que algo siniestro y horrible está ocurriendo en Hollywood, y que tiene relación más o menos directa con los viejos famosos?

—Sí, estaba pensando eso precisamente —gruñó Scott, sombrío, echando a andar hacia la puerta—. Intentaré encontrar a Belinda Asher. Creo que debo disculparme con ella y devolverle su dinero..., si es que lo acepta.

—¿Cómo piensas convencerla para que lo acepte? —dijo Randy con ironía.

—No lo sé. Quizás admitiendo que dijo algo de verdad. Que está sucediendo algo extraño e inexplicable, y que es posible que alguien no sea lo que parece, y esté utilizando una máscara...

—¿Qué clase de máscara, Scott?

—Eso quisiera saber yo... Creo que Belinda y yo vamos a hacer una visita a Yvonne de Wilde. Los dos a la vez, para tratar de salir de dudas de una vez por todas...

* * *

El coche se detuvo suavemente ante la valla pintada de verde manzana. Scott Cannon bajó del mismo con rapidez, acercándose a la puerta. En el acto descubrió el cartel de la misma:

AUSENTE DE LA CIUDAD HASTA EL PROXIMO MES, NO DEJEN
ENCARGOS DE NINGUNA CLASE.

Scott y Belinda se miraron, perplejos. Ella también había bajado del coche, de mala gana, y ahora contemplaba el cartel junto al buzón de Yvonne de Wilde. Ni el lechero ni el repartidor de periódicos habían dejado sus pedidos habituales a la entrada, cumpliendo lo solicitado en el aviso. Este lo firmaba Yvonne de Wilde.

—Yaya, voló el pájaro... —comentó Scott, contrariado.

—No hemos conseguido gran cosa, Cannon —sentenció Belinda

Asher con tono seco—. Como ve, seguirá sin salir de dudas.

—Maldita sea... ¿Por qué tuvo que marcharse precisamente ahora? —meneó la cabeza, dubitativo—. No me gusta esto.

—A mí tampoco. Le hubiera demostrado que esa mujer mentía. Que la máscara es su vejez, no su juventud. Nadie puede fingir una vitalidad que no posee, ni exhibir una bonita figura y unas bellas piernas si no las tiene. En cambio, es fácil fingir arrugas y pelo canoso. Sobre todo, para una actriz de Hollywood para quien los maquillajes no tienen secreto.

—¿Supone que Yvonne de Wilde está engañándonos a todos? ¿Que realmente ha vuelto a su juventud y lo oculta?

—Sí, es una posibilidad. Al menos, es lo que yo sospecho.

—Pero ¿por qué haría una cosa así? No tiene sentido. Si una vieja gloria desea ser joven, nada mejor que conseguirlo para deslumbrar al mundo entero con tal prodigio.

—Sería demasiado prodigio. Fama, popularidad, un auténtico impacto a nivel mundial incluso. ¿Quién no querría rejuvenecer, si existe ese medio en alguna parte? Yvonne pudo tener miedo de esa popularidad súbita, y decidió seguir por un tiempo con el engaño.

—Supongamos que Howard curioseó, descubriendo que ella era realmente joven. ¿Eso puede ser motivo para matar a una persona?

—No lo sé, Scott. Lo cierto es que Howard está muerto... y que Yvonne de Wilde ha desaparecido, abandonando su vivienda y posiblemente la ciudad, como ella dice ahí. ¿De qué huye? ¿De su juventud, de sí misma... o de un crimen?

—Pero es ridículo... Sabe que van a acusarla cuando vuelva...

—¿Acusarla? Sólo si hay pruebas. Y eso no va a ser fácil. Usted mismo puso el dedo en la llaga. Aunque una mujer recobre su juventud por cualquier prodigio, ello no es motivo para matar a nadie y silenciarlo. Al contrario, una «estrella» de Hollywood daría la vida por poder mostrarse cuanto antes a su público convertida de nuevo en bellísima y joven criatura.

—Eso es cierto. Ocultar la juventud y la belleza es algo que no va con nuestras actrices, Belinda. Entonces, ¿dónde nos conduce todo esto?

—No lo sé. Usted es el periodista, usted quiere investigar el asunto, no yo. A mí me basta con saber que vi a Jenny Saxon y a Yvonne de Wilde nuevamente jóvenes. No tengo que demostrar nada.

—Belinda, ¿cree que también Jenny Saxon ha levantado el vuelo?

—Si no trata de verla, no puede saberlo... —sonrió ella

irónicamente.

—Tiene razón. Vamos allá —dijo con énfasis Cannon, tomando a la joven del brazo y regresando al coche—. Veremos a Jenny Saxon. Y a todas cuantas puedan haber vuelto a su juventud. Hay algo de siniestro, de oscuro, en ese hecho. No sé por qué, veo un significado horrible a tal circunstancia, Belinda.

—Tal vez porque no es una ley natural. Nadie puede volver a ser joven. El mito de Fausto es sólo eso: un mito. El Manantial de la Juventud nunca existió sino en la imaginación de los soñadores. Y, de repente, el prodigio sucede aquí, en Hollywood... Demasiado fantástico para ser cierto. Pero yo sé que lo es. Y eso me asusta también. Esa juventud podría ser la máscara de algo espantoso. Los crímenes que están ocurriendo últimamente parecen confirmarlo así. Pero ¿qué sucede realmente? ¿Ante qué nos enfrentamos?

—Me gustaría saberlo, Belinda. Contarle esto a la policía, imagino que sería cosa de locos.

—No nos escucharían. Para ellos, sólo cuentan evidencias. Y, de momento, la simple posibilidad de que la juventud recuperada sea un hecho, dista mucho de poderse probar. Y menos aún que ese prodigio tenga la menor relación con los horribles crímenes de ese loco sanguinario...

—Sí, Belinda, eso es evidente —suspiró Cannon poniendo el coche en marcha—. Ahora, vayamos en busca de Jenny Saxon... si existe posibilidad de verla cara a cara.

* * *

—¿Jenny Saxon? —el capitán Garrett, de Homicidios, sacudió la cabeza, mirando ceñudo a los dos jóvenes—. La busca en vano, Cannon. Nosotros ya lo hicimos cuando ha publicado usted ese absurdo número extra, donde una testigo afirma haber visto a Selwyn Evans con Jenny Saxon.

—Yo era ese testigo, capitán —dijo con vivacidad Belinda.

—Usted, ¿eh? —rezongó el policía—. Diablo, se inventó una buena historia. Muchas mujeres de Hollywood andan como locas queriendo rejuvenecer. Y hasta llaman a estas oficinas, pidiendo datos. Es para volverse chiflado. ¿Cómo se le ocurrió tal cosa?

—No se me ocurrió, capitán. Vi justamente lo que dije.

—No puedo creerlo. Vería a alguien parecido a Jenny Saxon. Siempre existen imitadoras, y más hoy día, en que ha vuelto la moda de los años cuarenta...

—No era una imitadora. Era ella en persona.

—Ya. Con la misma edad que cuando hacía cine junto a Bogart, Cagney o los otros.

—Sí, eso es.

—¡Por Dios, señorita, no trate de volverme loco a mí también! —bramó Garrett, poniéndose en pie—. ¿Quién puede creerse esa historia delirante? La eterna juventud no existe. Y menos para mujeres que ya están envejecidas desde hace años... También leí lo que decía sobre Yvonne de Wilde y su recuperada juventud... Mucha gente ha ido hoy a su residencia de Bel Aire. Y la señorita De Wilde, con muy buen criterio, abandonó la ciudad para eludir a la nube de histéricos que buscaban confirmar esa noticia sin sentido.

—Espere, capitán —rogó Cannon—. Tal vez tenga más sentido del que parece... ¿Dónde está ahora Jenny Saxon?

—¿Y yo qué diablos sé? Seguramente hizo como Yvonne de Wilde: largarse lo más lejos posible para no ser centro de la curiosidad y burla de todo el mundo. En su casa no está. En sus lugares habituales de asistencia, tampoco. Es posible que tarde en volver por aquí, hasta que todo se haya remansado un poco. Buena la armó usted, señorita, y también su periódico, Cannon.

—Personalmente, he visitado anoche a Yvonne de Wilde —dijo Cannon con voz sorda—. Hablé con ella, cuando buscaba a Mike Howard, mi compañero desaparecido.

—Ya. ¿Y la vio en plenitud de belleza y juventud? —bromeó Garrett, sarcástico.

—No —admitió Cannon, bajando la cabeza—. Era la de siempre: vieja, canosa, arrugada...

—¿Lo ve, señorita Asher? —masculló el oficial, volviéndose a ella.

—De todos modos, capitán, pudo ser un engaño —añadió, apresurado, Scott Cannon.

—¿Usted lo cree? —Garrett enarcó las cejas—. ¿Quiere apoyar el cuento de su amiga?

—No, capitán. Quiero ir más lejos. Tal vez existe un motivo para ocultar ese extraño rejuvenecimiento. Un motivo que puede conducir... incluso al crimen.

—¿El crimen? —pestañeó el capitán de Homicidios—. ¿Adónde quiere ir a parar ahora?

—No, a ninguna parte. Ni me haga caso. Me diría que estoy loco, capitán —Scott tomó por el brazo a Belinda, disponiéndose a salir del despacho—. De todos modos, si encuentra a Jenny Saxon o a Yvonne de Wilde... no se fíe de las apariencias. Trate de saber si, debajo de sus arrugas, no existe una auténtica juventud, por inexplicable que parezca. Quizá muchas máscaras estén ocultándonos una tenebrosa verdad en Hollywood.

—Máscaras... —gruñó el capitán Garrett—. Esta ha sido siempre una ciudad de máscaras, Cannon, donde nadie es lo que parece. Pero de eso a pensar que las cosas vayan tan lejos, hay un abismo. De todos modos, seguimos intentando localizar a esas dos mujeres desaparecidas. Podría suceder que también fuesen víctimas del sádico asesino...

—Eso, si no es alguna de ellas el propio asesino, capitán —sentenció sombríamente Scott Cannon, saliendo de la oficina con Belinda Asher.

El capitán se quedó parado en medio de la estancia, con el ceño fruncido y una expresión entre colérica y desconcertada en sus oscuros y brillantes ojos.

Fuera del Departamento de Homicidios, Scott y Belinda descendieron hasta la planta baja, devolviendo sus tarjetas de visitantes al agente de servicio, y abandonando el edificio policial.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Belinda, desolada, una vez en la acera.

—No lo sé. Supongo que no podemos hacer nada. Absolutamente nada —masculló Scott Cannon, con gesto contrariado—. Ya vio lo que opina Garrett sobre nuestras teorías. No podremos convencerle nunca, a menos que le mostremos evidencias indiscutibles. Y en cuanto a Jenny Saxon, tenemos tantas posibilidades de dar con ella como con Yvonne de Wilde. Las dos han desaparecido voluntariamente, sin duda. Y me pregunto por qué...

—¿Sólo serán ellas dos las que rejuvenecieron tan misteriosamente? —indagó Belinda de pronto.

—No sé... —Scott reflexionó, pensativo, ante la idea sugerida por ella—. Hay muchas viejas glorias todavía en Hollywood, aunque gran parte de ellas murieron. Podríamos tratar de investigarlas a todas, por si resultase que hay más casos de juventud prodigiosa entre las antiguas «estrellas» ya olvidadas... ¿Quién podría aclararnos ese punto?

—Yo no conozco bien la ciudad —confesó Belinda—. Quizá algún agente artístico...

—No, no. Los agentes en ejercicio activo ya no contratan a los antiguos astros, salvo para telefilmes de bajo presupuesto. Tiene que ser alguien, buen conocedor de las «estrellas»... Eh, espere. Tengo una idea.

—¿Qué se le ha ocurrido ahora? —pestañeó ella.

—Existe un hombre en Hollywood que se ajusta a esas características. El sabe al dedillo qué viejas glorias desaparecieron y cuáles quedan ahora aquí... Conoce nombres, direcciones... Posee el

mejor archivo y la más completa filmoteca de su época...

—¿Quién es él?

—Stephen Jordan, el antiguo galán que rivalizó con Bogart en popularidad y fama.

—Stephen Jordan... Sí, he visto algunas de sus películas. Era un hombre muy guapo.

—Si él no ha vuelto también a su juventud, puede sernos de mucha ayuda. Veamos si logramos localizarle...

Entraron en una cabina, buscando en la guía el nombre del viejo actor. Cuando Scott tuvo su número de teléfono y dirección, llamó. Tardaron poco en ponerse. Una voz suave, reposada, profunda, que recordaba la del antiguo galán, sonó al otro extremo del hilo.

—Stephen Jordan —dijo—. ¿Quién llama?

—Verá, señor Jordan. Soy Scott Cannon, del *Star*. Estoy haciendo un reportaje sobre las películas e intérpretes de la década de los cuarenta. ¿Podría usted ayudarme en esa tarea, si puede disponer de una hora de tiempo para mí?

—Bien, señor Cannon. En estos momentos estoy muy ocupado con unas nuevas copias de algunas de mis películas, pero podré recibirle esta misma tarde, si lo desea, sobre las siete. ¿Le va bien a esa hora?

—Perfecto, sí. Es muy amable, señor Jordan.

—Oh, me encantará ayudarle en esa labor. Me fascina tratar temas de entonces. Incluso puedo facilitarle material gráfico, y visionar alguna película concreta, si lo desea. Será un placer para mí, créame. Mañana no podría atenderle porque espero la llegada de mi sobrino para primeras horas de la mañana, y eso me tendrá ocupado un tiempo... Le espero a las siete, sin falta.

—Allí estaré —prometió Scott—. Somos dos reporteros, una joven y yo...

—No importa. Ambos serán bien recibidos.

Scott colgó, mirando a Belinda, que le había escuchado en silencio. Ella enarcó las cejas.

—¿Qué pretende ahora? —preguntó—. Yo no soy periodista...

—Intente serlo. Tiene intuición y agilidad mental. Vendrá conmigo como reportera. Después de todo, por mil dólares bien puede hacerme ese favor...

—¡Eh, recuerde que le devolví su dinero, Cannon!

—Cierto —rió él, metiendo los billetes en el bolso de ella, pese a su resistencia—. Y yo se los devuelvo. Por favor, acéptelos. Ahora está trabajando conmigo, y eso se merece unos honorarios. Aunque no lo crea, está siéndome de mucha ayuda con sus sugerencias. Trabajaremos juntos en este asunto. ¿Le parece bien la idea?

—No sé qué decir...

—Si triunfamos, si llegamos a probar algo sobre esos crímenes y la extraña juventud de algunas viejas «estrellas», puede que sea su lanzamiento como periodista, y se inicie así un futuro brillante para Belinda Asher...

—No me creo una palabra de eso, pero me divierte la idea de trabajar con usted en este reportaje. Sí, le acompañaré, Scott.

—Perdone, Belinda —suspiró él—. Usted será mi mascota, seguro. Ahora, vamos a tomar algo. Luego haremos tiempo hasta las siete de la tarde. Y cenaremos después de ver a Stephen Jordan en su santuario de Sunset.

—Es una buena idea —admitió ella, con un asomo de sonrisa que, por el momento al menos, borró las nubes de su preocupación de las últimas horas.

Los dos jóvenes se alejaron en dirección al centro urbano, tratando de olvidar momentáneamente las ideas confusas y oscuras que giraban en su mente como un torbellino inquietante.

Tal vez aquella misma tarde, Stephen Jordan pudiese darles una explicación de lo que sucedía. O, cuando menos, les pondría en la pista, quizá, de alguna otra famosa actriz de otros tiempos, convertida de repente en joven belleza por medio de aquel diabólico y extraño poder que había cambiado a Jenny Saxon y a Yvonne de Wilde, si Belinda Asher decía la verdad.

Y Scott Cannon, pese a su natural escepticismo, empezaba a pensar que ella no mentía.

CAPITULO VII

Stephen Jordan se acomodó mejor en su butaca. La pantalla era un desfile constante de sombras en movimiento. Viejas imágenes queridas. Su mejor filme, con Humphrey Bogart en la cima de su carrera, ambos enfrentados en una larga escena dramática, de insuperable fuerza. Un momento estelar en su vida.

El sonido de la ronca voz de Boggie llegaba nítida hasta él, en la quietud y silencio de la salita de proyección. Miró su reloj cuando cambiaba la secuencia, al reflejo plateado de la luz de la pantalla. Las seis y diez minutos. Ya oscurecía. Y aún tenía tiempo de ver unas cuantas escenas más, antes de prepararse para recibir a sus visitantes de aquella tarde.

Se sumergió de nuevo en la magia de la pantalla, en los fotogramas animados, blancos y negros, de la vieja película que ahora podía ver en copia nueva. Todo perfecto. Momentos como aquél, eran impagables para él. Su mejor instante.

Un ligero ruido a sus espaldas, ni siquiera fue advertido por Jordan, que era espectador atento y fascinado de su propia interpretación lejana. Después de todo, vivía solo y solo asistía a la proyección. No podía preocuparse de que nadie le molestara. Ni imaginaba que alguien pudiese abrir la puerta sin él advertirlo...

Las pisadas leves, apagadas, tras él, tampoco le arrancaron de la magia de la pantalla. En ese momento, sonaban disparos en la banda sonora. Ahogaron el ruido de aquellos pasos lentos, en la moqueta espesa del piso.

Jordan, de repente, se sobresaltó. Se había hecho un silencio brusco en la pantalla. Y justo entonces, chirrió algo tras él. Un tacón rozó un mueble, en la penumbra de la salita.

—¿Qué es eso? —gruñó, girando la cabeza.

Y se quedó asombrado. La figura de mujer, erguida tras él, dibujaba su silueta en el juego de luces y sombras, reflejando las imágenes de la pantalla con ramalazos claros y oscuros en su rostro, en sus ropas...

—¡Cielos! —exclamó Jordan, atónito—. ¿Cómo es posible...? ¿Y la puerta? ¿Estaba abierta acaso? No comprendo cómo pudiste...

Ella avanzó hacia él. Jordan se incorporó, avanzando hacia su inesperada visita, sin entender aún cómo había llegado hasta allí sin llamar, sin él advertirlo.

Y, de pronto, descubrió algo en las manos de su visitante. Algo pesado, que centelleaba en una plana superficie acerada...

Un hacha.

—No entiendo nada —jadeó—. Esa hacha..., ¿qué es lo que

ocurre?

Ella no respondió. Sencillamente, avanzó hacia él unos pasos. Luego, de repente, alzó el hacha. Un alarido terrible sacudió el silencio de la casa, sobreponiéndose al aullido de sirenas de coches policiales en la pantalla. El filo del hacha se estrelló sobre la frente de Stephen Jordan.

El viejo actor cayó hacia atrás, con el rostro partido en dos, brotando sangre a torrentes de su profundo tajo mortal. Miró con ojos atónitos, desorbitados e incrédulos, a su visitante. Luego cayó de espaldas, y la mujer avanzó, implacablemente, continuando su feroz tarea sobre el cuerpo sacudido por los espasmos de la agonía.

Golpe tras golpe, el hacha desgajó aquella figura convulsa, y luego empezó a matizar miembros, que saltaban lejos del resto del cuerpo, hendidos por el filo del terrible hacha asesina.

Allá, en la pantalla, Bogart y el propio Jordan se enfrentaban, pistola en mano, disparándose mutuamente en una escena de violencia y dramatismo. Luego Jordan caía herido en una acera, bajo una farola, como premonición de lo que estaba sucediendo ahora, casi cuarenta años después, en la sala de proyección del viejo actor.

También allí, Jordan yacía sin vida sobre un charco de sangre. Pero no eran las balas de Bogart, saliendo de la dimensión plana de la pantalla, las que terminaban con él, sino el hacha terrorífica esgrimida por unas feroces manos de mujer...

* * *

La puerta abierta, la luz del porche encendida...

Scott Cannon y Belinda Asher se miraron largamente, en silencio. Ambos pensaron lo mismo. Scott lo manifestó en voz alta, con tono ronco:

—Algo ocurre aquí. Esta mansión es lujosa, debe tener objetos valiosos dentro. Stephen Jordan siempre tuvo dinero. No dejaría abierta la entrada a cualquiera, y menos siendo ya de noche...

—Scott, ¿vas a entrar? —preguntó Belinda, temerosa, mirando en torno al oscuro jardín en silencio.

—Creo que debo hacerlo. Pero antes llamaremos, por si es todo un error de Jordan.

Y pulsó el llamador, pensativo. Lo hizo tres veces, espaciadamente, sin obtener respuesta. Volvieron a mirarse ambos jóvenes.

—Esto me da miedo —susurró ella.

—A mí me preocupa. Vamos. Hay que ver lo que sucede.

—¿No podría esperarte aquí mejor? —sugirió ella.

—No —negó Scott enérgico—. No me gustaría dejarte sola en un jardín en sombras, sabiendo que existe un sádico asesino que anda suelto por Hollywood, Belinda.

Ella se estremeció, ponderando esa observación en su justo valor, y asintió finalmente, aferrando un brazo de Scott, y siguiéndole al interior de la casa.

El llamó con voz potente a su dueño. El nombre de Stephen Jordan rebotó en ecos distantes por las salas y corredores de la mansión, sin que nadie diese respuesta alguna.

Las luces de algunas lámparas y arañas de cristal estaban encendidas en la casa, y revelaban la presencia de suntuosos cortinajes, tapices, cuadros y muebles costosos, así como vitrinas con objetos de arte y toda clase de valiosos elementos decorativos.

—Debe ser muy rico Stephen Jordan... —comentó Belinda, nerviosa.

—Ganó mucho dinero con sus películas. Y supo invertirlo. Es una gran mansión, la verdad... Eh, mira eso. tal vez por ello no nos oyó. Es una sala de proyección, y hay luz en una pantalla...

Avanzaron hasta la puerta de la salita. En la pantalla, sólo había luz. La película había terminado, pero nadie se molestó en cerrar el proyector en su momento. Zumbaba el motor, y era ése el único ruido audible en la casa.

Scott buscó junto a la puerta, hasta dar con un interruptor. Lo presionó. Se encendieron las luces de la sala. Las filas de butacas ante la pantalla estaban vacías.

—No entiendo dónde diablos ha podido meterse el dueño de la casa, ni qué...

Scott se interrumpió al chillar agudamente Belinda. Rápido, advirtió la razón de ese grito, y cubrió a la joven con su propio cuerpo, para que no siguiera viendo el espantoso y macabro espectáculo que se ofrecía en medio de la sala de proyección, al pie de la primera fila de butacas.

—¡Stephen Jordan! —jadeó Scott, lívido, apretando contra sí a Belinda Asher, que temblaba violentamente—. Dios mío... El sádico entró aquí antes que nosotros...

Y lentamente, retiró a la muchacha de allí, encaminándose él mismo hacia la salida, con movimientos inseguros. Sabía que nadie podía hacer ya nada por Jordan. El viejo galán de Hollywood no sólo estaba acribillado a hachazos, sino que su brazo derecho y su pierna izquierda habían sido cortados

limpiamente por el filo asesino. La sangre formaba un reguero aterrador en la moqueta.

—Vámonos de aquí —musitó Scott roncamente—. Avisaremos a la policía, Belinda...

* * *

El capitán Garrett meneó la cabeza con desaliento. Miró luego a Scott.

—De modo que quería investigar por su cuenta... —refunfuñó.

—Sólo lo que no afectaba a la policía —se apresuró a replicar Cannon—. El tema de las viejas actrices rejuvenecidas me preocupaba. Y quise la ayuda de Jordan en ese sentido.

—¿Qué esperaba que le dijera él?

—Algo relacionado con las mujeres que podían haber sufrido esa metamorfosis. Pero llegué tarde. El asesino se encargó de silenciarle para siempre.

—¿Casualidad o intención concreta? —demandó Garrett—. ¿Usted qué piensa, Scott?

—No lo sé. Nadie podía saber que íbamos a visitarle, a menos que él lo contara a alguien...

—He hablado con la vecindad. Recibía pocas visitas. En tiempos, Yvonne de Wilde y Jenny Saxon fueron amistades habituales de él. Ultimamente, sólo Claire Roberts era su visita habitual, su mejor amiga, quizá la única.

—Claire Roberts... —reflexionó Cannon—. Trabajó con él hace años...

—Eso parece. Figura en su archivo y en su filmoteca destacadamente. Trataré de dar con ella. Es posible que también haya desaparecido, como las demás.

—Capitán, ¿no toma ahora en serio nuestra teoría? Es posible que sea cierto todo. Que realmente haya algo en Hollywood que está provocando estas muertes espantosas, relacionadas con esas viejas glorias y su pretendida juventud...

—Mire, Cannon; investigamos estos crímenes a la luz de la simple lógica, no a través de una versión fantástica de hechos imposibles como los que usted cita.

—¿Qué motivo encuentra, entonces, para estos asesinatos?

—Ninguno, por el momento. Tal vez ni existe. Un loco, un maníaco homicida, no necesita tener un motivo para matar.

—Es posible que tenga usted razón. O que la tenga yo. Pero también voy a buscar por mi cuenta a Claire Roberts. Supongo que eso no será

inmiscuirme en asuntos de la policía...

—Siempre que se limite al asunto de esa supuesta juventud, no. Pero no toque los asesinatos para nada. No me gustaría tenerle que arrestar por obstrucción de la labor policial, Cannon. Su tarea es escribir reportajes, no hacer de detective aficionado.

—Lo tendré muy en cuenta, capitán.

Se alejó de la mansión convertida en trágico escenario de la muerte de Stephen Jordan. Belinda Asher caminaba a su lado, preocupada, aún pálida y estremecida tras el horrible espectáculo presenciado.

—¿Qué piensas hacer ahora, Scott? —se interesó ella—. Se me han quitado las ganas de seguir jugando a periodismo...

—A mí, en cambio, ahora me empiezan con más fuerza que nunca. Vamos, Belinda, hay que seguir adelante, nos guste o no el cariz que toma este asunto. Es obvio que estamos más cerca del asesino de lo que imaginamos. Y esa actriz amiga de Jordan puede ayudarnos mucho, si la encontramos.

—¿Claire Roberts?

—Sí, exactamente. Espero que esta vez tengamos suerte...

—¿Crees que ella será otra de..., de las mujeres de la inexplicable juventud?

—No lo sé aún. Pero es muy posible que sí. O que, al menos, esté cerca de ellas...

* * *

Claire Roberts se enjugó las lágrimas de los ojos. Movi6 la cabeza con desaliento, intensamente pálido su rostro, aún atractivo, aunque surcado por las huellas de la edad.

—Dios mío... —jadeó—. Stephen... Mi buen amigo Stephen... ¿Cómo pudo ocurrir?

—Señorita Roberts, si ha leído los periódicos, ya debe saberlo.

—Claro que lo sé. Pero no logro entenderlo... Apenas lo leí, he salido de..., del lugar donde me encuentro sometida a tratamiento. He querido asistir a ese funeral, estar presente en el adiós al buen amigo desaparecido. ¿Es que la policía no tiene ninguna pista sobre ese horrible monstruo asesino?

—Me temo que aún no. Señorita Roberts, usted ingresó en ese centro justamente la víspera del asesinato de su amigo Jordan ¿no es cierto?

—Sí. Y lo he abandonado hoy por primera vez, apenas lei la noticia... Pobre Stephen... Era el mejor hombre del mundo. Pensar

que murió, mientras veía quizá por última vez una de sus películas...

—Exactamente *Duelo en el asfalto*, con Bogart —asintió Scott lentamente—. Estaba en la bobina del proyector.

—¿Quién podía querer mal a Stephen? El era generoso, noble, incapaz de dañar a nadie, sólo embebido en revivir su pasado, en ver sus películas...

—No parece un crimen aislado, señorita Roberts. Se trata de una serie de crímenes feroces, brutales. Selwyn Evans, Walter Hartfield, el fotógrafo Mike Howard... y ahora Stephen Jordan. Todos, de un modo u otro, relacionados con viejos tiempos del cine o con sus olvidadas figuras.

—Como yo, ¿verdad? —sonrió tristemente Claire.

—Como usted, sí. Pero en algo distintas a usted algunas de ellas. Porque al menos dos... eran jóvenes de nuevo.

—¿Cómo? —se sobresaltó Claire—. ¿Qué es lo que dice?

—Yvonne de Wilde y Jenny Saxon. Jóvenes. Otra vez en su edad juvenil, como entonces. No tiene sentido aparente, pero es verdad.

—De modo que usted sabe...

—Y usted también, ¿verdad? —preguntó Scott con firmeza, clavando sus ojos en ella.

—Sí —afirmó lentamente ella—. Lo sé. No pensaba hablar de ello. Estoy precisamente internada en un centro geriátrico de nuevo estilo. Allí parece ser que realizan la transformación. Eso me contó Yvonne...

—De modo que es cierto. Existe el Manantial de Juventud... —musitó Scott, excitado.

—Claro que existe. Yo misma estoy intentándolo. Por eso me encerré allí... Es una fase preparatoria. La doctora Atkins y el profesor Ivanescu van a ocuparse de mí, van a convertirme en una mujer joven otra vez, si todo sale bien.

—Ya. ¿Y qué precio tiene ese tratamiento tan asombroso, señorita Roberts?

—Muy caro —vaciló ella, bajando los ojos—. Treinta y cinco mil dólares...

—Es mucho dinero. Pero no demasiado para comprar la juventud de nuevo. Si realmente lo consiguen, harán el negocio del siglo. Sin embargo, tengo mis ideas...

—Yo, no. He visto a Yvonne, recuérdelo. Tan joven como hace treinta y cinco años. Y la vi de cerca, toqué su piel, vi su cuerpo desnudo...

—Aun así, en algún punto de esa historia falla algo. Es..., es como una máscara que nos impide ver la realidad tras esa

hermosa apariencia juvenil. Yo que usted no me fiaría, señorita Roberts. Tal vez buscando la juventud perdida, encuentre algo mucho peor que la edad y la vejez...

—¿Qué puede ser ello? —se alarmó Claire—. No hay nada raro ni oscuro en ese centro. Sólo piden discreción para evitar un exceso de publicidad, un *boom* inevitable. Pero nada en ese lugar me ha parecido ilegal ni engañoso. La prueba es que no pagaré la mayor parte del dinero hasta que todo haya terminado y el tratamiento esté superado...

—Todo eso suena bien. Admito que algunas antiguas actrices rejuvenecieron realmente, pero... no sé. Es algo que intuyo. Algo tenebroso y horrible, relacionado con esos asesinatos de alguna forma...

—¿Qué relación puede haber entre los asesinatos y el Centro Geriátrico? —se alarmó Claire Roberts.

—Si lo supiera... creo que las máscaras habrían caído definitivamente, dejando ver los rostros. Pero por desgracia, no es así, señorita Roberts...

Y tras darle las gracias, Scott Cannon abandonó la vivienda de Claire, donde ella había regresado para asistir a los funerales de Stephen Jordan, su viejo amigo asesinado.

CAPITULO VIII

Scott Cannon deslizó la luz de su lámpara hacia los archivos del despacho. Avanzó sigilosa, calladamente, en la oscuridad silenciosa del recinto cerrado.

Era una audaz decisión la suya. Revisar aquellos archivos podía costarle la cárcel, siendo acusado de escalo, nocturnidad y fractura. Todo eso había hecho para entrar, sin ser advertido, en el edificio del Centro Geriátrico del profesor Ivanescu, en pleno Hollywood Boulevard.

Unas llaves maestras, una escala de seda y unos utensilios de ladrón era todo lo que necesitó para aventurarse en aquel peligroso juego. Ahora tenía ante sí los archivadores metálicos del despacho de la propia doctora Atkins, administradora del centro.

Utilizó el juego de ganzúas, hasta que una respondió en la cerradura, y el archivo quedó abierto.

Las manos enguantadas del joven y audaz empezaron a revisar las fichas allí depositadas. Buscó en primer lugar las de Yvonne de Wolfe y Jenny Saxon. Cuando las halló, algunas líneas allí escritas atrajeron su atención:

Tratamiento terminado. Resultados óptimos.

Rejuvenecimiento celular al ciento por ciento. Vísceras y tejidos, igual. Sin señales de alteraciones en las neuronas y células cerebrales. POSITIVO.

En ambos casos era igual. Dos éxitos, sin duda. Pero Scott pronto halló otras fichas. De viejas actrices también, con un texto muy distinto en su última fase:

Rejuvenecimiento celular al ciento por ciento. Vísceras y tejidos, igual. Sospechosas señales de alteración mental inmediata. Daños en las neuronas y células cerebrales. Evolución alarmante. NEGATIVO. Síntomas de demencia progresiva.

Demencia progresiva.

Era eso.

Las manos de Scott temblaron. Había dado con la clave.

Era eso.

Las manos de Scott temblaron. Había dado con la clave.

Las pacientes rejuvenecían en muchos casos. Pero después empezaban a presentarse alteraciones. Las fechas de aparición de degeneración celular cerebral y alteración en las neuronas era posterior a la fecha de alta en el tratamiento.

—Cielos, ya lo tengo... —jadeó, aturdido, horrorizado ante el

descubrimiento—. Esta gente debería renunciar, no seguir adelante... Pero la codicia les ciega. Sus pacientes rejuvenecen, ciertamente. Pero la renovación celular afecta de modo negativo al cerebro... ¡y enloquecen progresivamente! Eso explica las muertes violentas... Tal vez Yvonne, la propia Jenny..., *todas ellas*, al salir de este Centro, son asesinas en potencia. Su mente enferma, se degenera, y se transforman en maníacas homicidas...

De repente, la luz se encendió. Scott pegó un respingo, contemplando con alarma y estupor la pistola con silenciador que esgrimía la bella dama rubia de gafas de montura metálica, fríamente erguida en el umbral del despacho. Le apuntaba directamente a la cabeza.

—Bien, bien... —murmuró lentamente—. He visto su fotografía en el *Star*, señor Scott Cannon, firmando esos artículos sobre los crímenes y la juventud de ciertas viejas artistas... Y ahora veo que fue demasiado lejos en sus pesquisas... Ha leído las fichas del archivo, ¿no es cierto? Ahora ya sabe lo que sucede realmente...

—¿Quién es usted? —preguntó roncamente Scott.

—La doctora Ivy Atkins, administradora de este centro —sonrió ella duramente—. Naturalmente, si disparo y le mato, la ley estará de mi parte. Usted era un intruso, un merodeador nocturno sobre quien hice fuego en legítima defensa. Nadie podrá acusarme de nada.

—¿Y eso es lo que piensa hacer?

—Sí, señor Cannon. Sabe usted demasiado.

—¿De modo que piensa seguir ocultando a sus pacientes que el método de rejuvenecimiento del profesor Ivanescu es solamente un sistema fallido, que si bien devuelve la juventud, termina por enloquecer a las pacientes, al alterar su equilibrio neurológico y afectar gravemente al cerebro?

—Es algo que puede corregirse con el tiempo. El hallazgo científico bien vale la pena.

—¿Cree que vale la pena llenar de máscaras el mundo, y bajo cada máscara dejar suelto a un asesino en potencia, que, en escaso margen de tiempo, se transforma en criminal despiadado y enfermizo? ¿Cree que su negocio o su hallazgo científico merecen la pena en esas circunstancias, doctora?

—Opinamos que sí. Por eso debe desaparecer usted, señor Cannon. Lo lamento mucho. Debió ser sólo periodista, y no dedicarse a investigar como un policía aficionado. Hasta nunca, señor Cannon...

Y el arma se movió ligeramente, cuando ella curvó el dedo en el gatillo, presta a hacer fuego...

—Será un error asesinar a ese hombre, doctora Atkins —dijo una fría voz a sus espaldas—. Suelte su arma. No puede impedir que la ley intervenga en esto, después de todo. Matar a Scott Cannon, sólo empeoraría su situación futura...

Ella, lívida, giró la cabeza con una imprecación. Para sorpresa de Cannon, una mujer con uniforme de enfermera apuntaba a su vez con un chato revólver a la doctora. Esta dejó caer el arma. La enfermera sonrió, mirando a Scott.

—Tuvo usted suerte de que yo estuviera aquí. —Con la otra mano mostró una placa, sacándola del bolsillo de su bata—. Soy del Servicio Femenino de la policía. Me introduje aquí para investigar este centro, y sabía ya todo lo que usted ha descubierto ahora Cannon, pero esperaba a tener más pruebas contra la doctora para cerrar el caso. No debió pensar que el capitán Garrett fuese tan tonto como para hacer oídos sordos a sus sugerencias y a ciertos indicios que iba hallando en su camino...

—Me está bien empleado —gruñó Scott—, Por mal aficionado...

La enfermera policía se echó a reír. Un momento después, esposaba a la doctora Atkins, manifestando gravemente:

—Lo siento, doctora, pero su negocio de rejuvenecer a las viejas glorias del cine se ha terminado. Sus consecuencias son luego demasiado graves... y tampoco hay seguridad, como usted bien sabe, de que esa falsa juventud dure luego más allá de un año o dos como máximo, volviendo la misma vejez a poseer a la paciente...

* * *

—Ahora ya sabe que iba a ser una víctima más del fraude científico, señorita Roberts —habló Scott apaciblemente, mirando a Claire con una sonrisa—. El método existía realmente. Rejuvenecía la persona, pero por tiempo limitado. Y a cambio de transformarse su cerebro en una mente enferma, *en* una fuente de horrores...

—Dios mío, salvé a tiempo mi vida de ese futuro espantoso —se estremeció Claire.

—Exacto, señorita Roberts —asintió Scott—. Y se ahorró un buen dinero. Por cierto, ¿de dónde esperaba obtener esos miles de dólares? Según el capitán Garrett, su situación financiera es bastante mala...

—Hubiera pedido ayuda a Stephen, un préstamo o algo así... Pero ni siquiera podía hacerlo ya, al morir él —suspiró Claire tristemente—. No sé lo que hubiera hecho...

—Yo, sí, señorita Roberts —sonrió duramente Scott ahora—.

Después de todo, Jordan fue tan buen amigo suyo, que aparte su herencia para su sobrino y único pariente, dejó para usted un legado de cien mil dólares. ¿Lo sabía?

—Dios mío, no —abrió Claire unos ojos enormemente asombrados—. ¡Cien mil! Pobre y querido Stephen... Nunca hubiera imaginado una cosa así...

—Miente usted —replicó Scott, tajante—. Lo sabía muy bien. El propio Jordan se lo confesó a usted en vida.

—¡No es cierto! —enrojeció ella, airada—. ¿Cómo se atreve a decir semejante cosa?

—Señorita Roberts, Stephen Jordan dejó escrita una carta para usted... En ella le mencionaba ese legado, por si un día la muerte le sorprendía de repente. Habla allí de que un día se lo comentó, y pese a sus protestas, le dejó ese legado. De modo que usted lo sabía muy bien. ¿Y sabe algo más? La policía ha logrado capturar a Jenny Saxon y a Yvonne de Wilde. Su juventud es real, aunque será breve... y su demencia también. Confesaron, sin embargo. Jenny mató a Evans, por odios antiguos y rencores amorosos. Yvonne mató a Hartfield por una vieja enemistad, y a Howard porque la sorprendió tal como realmente era ahora. Pero ninguna de ellas mató a Stephen Jordan, ni podían hacerlo, porque no tenían llave de la casa, para entrar y sorprenderle cuando revisaba su vieja película. El nunca abría la puerta mientras veía su cine del pasado, eso lo han confirmado todos los vecinos de la mansión.

—Pero entonces... ¿quién pudo hacerlo?

—Una persona que se beneficiaba con su muerte y obtenía suficiente dinero para alcanzar su sueño dorado de ser joven... Una persona que leyó en los diarios los detalles relativos a la muerte de un supuesto sádico... Alguien que se buscó la coartada de estar encerrada en un pabellón geriátrico del que, sin embargo, era sencillo salir, para ir a matar a Jordan y regresar sin ser advertida su ausencia... USTED, señorita Roberts, visitó a Jordan, usó una llave maestra que tenía, copia de la suya, y mató al viejo amigo, para disponer del dinero suficiente para volver a ser joven.

—¡Miente! —chilló ella, descompuesta—. ¡Miente! ¡No puede probar esa atrocidad!

—La policía la probará —suspiró Scott, poniéndose en pie—. No les será difícil. Saben la verdad, igual que yo. Preferí venir a contársela, Fue lo que el capitán Garrett me permitió, en premio a la teoría que le ofrecí sobre usted, para explicar la muerte de Jordan. No les va a ser difícil. Ya ve, señorita Roberts. Mató a su mejor y más noble amigo, para conseguir algo que nunca tendrá ya: su juventud...

Ella estalló en amargo llanto. Scott se alejó lentamente hacia la puerta. Cuando salió de la vivienda de Claire Roberts, Belinda Asher aguardaba fuera. Le miró largamente. El joven periodista asintió.

—Sí, Belinda —dijo—. No ha confesado, pero era verdad. Está llorando su crimen. Yo tenía razón...

—¿Confesará?

—Seguro que sí. Está hundida, destrozada. Y Garrett es astuto y eficaz... Confesará. Esto cierra el caso. Al menos, para mí, para el *Star*... y para ti.

—¿Insistes en que siga en la profesión? —sonrió tristemente Belinda, echando a andar a su lado.

—Más que nunca. Pero no en la sucia revista semanal de Kellog. Tras nuestro éxito común en esta trágica historia, sabes que tenemos numerosas y ventajosas ofertas. Elegiremos la mejor, y seremos compañeros. Eso, para empezar, claro.

—¿Y para terminar? —preguntó Belinda, mirándole intrigada.

—A lo mejor te pido que te cases conmigo —rió Scott—. Y hasta es posible que tú me digas que sí...

Y la tomó de la mano, riendo. Ella también rió, y ambos se alejaron, con paso rápido, dejando atrás la casa de Claire Roberts. Y, con ella, el epílogo triste de un sangriento enigma en la ciudad de máscaras que era Hollywood.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.